NARRATIVA ANCASHINA

WANDY LA INFORTUNADA



ESCRITO

POR

JULIO CÉSAR MEJÍA GÓMEZ

HUARAZ

MMXXI

NARRATIVA ANCASHINA

WANDY LA INFORTUNADA



ESCRITO

POR

JULIO CÉSAR MEJÍA GÓMEZ

HUARAZ

MMXXI

WANDY LA INFORTUNADA

PRIMERA EDICIÓN: MAYO DEL 2021

Huaraz-Perú

jcemego@hotmail.com

Cuidado de edición: Dorian Burgos Torres

Diseño de portada: Dorian Burgos Torres

Impresión:

Librería “francesa”

Avenida Independencia S/N

Tiraje: 100 ejemplares

Hecho el Depósito Legal

En la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2020 – 03859

Contacto - 932911844

CAPÍTULO I

WANDY DESAMPARADA

Vine desde mi pueblo, tan lejano, a esta ciudad para trabajar y estudiar la carrera de ingeniería civil. Motivo que tanto ha transformado mi vida apacible en tormentosa.

No ofrecí resistencia al momento en que la policía me trasladó en un carro cuatro por cuatro, a este cuarto medio oscuro y pequeño, cuyas paredes estaban sucias y gastadas y cuyo piso de cemento fino y pelado en algunas partes transmitía el frío de hielo. Los gruesos barrotes me cuidan. Es el año 2020; mes de noviembre. Desde esta celda ya no podré tener esa libertad que tuve en mi comunidad donde pastaba mis ovejas y vacas durante el día, tiempo en que me dedicaba a leer los libros viejos, amarillentos y de puntas rotas. Qué gratificante eran las historias de esos cuentos.

Siquiera me dejaran traer mis libros para que este encierro obligado no me desespere, no me deje en la pasividad de estar sentada todo el día en este colchón sucio y con olor a orina. No veo el sol que viaja libre por el cielo de mi tierra, no siento el viento frío y límpido que acaricia mi rostro pulido de cobre. Cuándo terminarán los días y noches de preocupación y angustia.

CAPÍTULO II

WANDY VIAJA A LA CIUDAD DE SUMACWASI

Wandy, hace cuatro años, que había terminado de estudiar la secundaria en el colegio de la comunidad de H… desde entonces ella se había dedicado a ayudar a sus padres en el pastoreo de las vacas, caballos, burros, ovejas propiedad de la familia de ella. A pesar de no tener un celular o libros nuevos Wandy era feliz adaptada a esa vida solitaria y tranquila de la comunidad que estaba en la base de un cerro de rocas plomizas y duras.

Una noche, en plena cena, el padre de Wandy, que mantenía a cinco hijos pequeños, le dijo a esta que tenía que buscarse o un marido o emigrar para trabajar y estudiar por su propia cuenta. El hombre cuyos ojos estaban oscurecidos por el ala del sombrero estaba serio. La papa sancochada amontonada en el plato de losa desportillada fue presa de manos grandes y pequeñas y pronto quedó vacío. La madre de Wandy sirvió la sopa muy desganada y triste. Miraba a su hija mayor y se le querían venir las lágrimas.

A Wandy le brillaron los ojos por el lustre de las lágrimas. Su cara agradable torno en un gesto de pena. Recordó su sonrisa y el saludo: “buenos días vecina” o “mamá yo te ayudo a cocinar”. Varios

muchachos la habían pretendido y deseaban ser padres. Ella los había rechazado, porque anhelaba estudiar.

Partió de su comunidad rumbo a Sumacwasi, la capital del departamento. Mientras caminaba cargada sobre la espalda de su mochila deseó que algún hecho del destino se interpusiera en su camino, antes de dejar su querida comunidad. Para evitar caminar cinco horas siguiendo la ruta de la carretera sinuosa, ella cortó camino ascendiendo por un cerro y en dos horas y media de caminata dura y agotadora, llegó a la pista asfaltada. Wandy se sentó sobre una piedra y como otros viajeros, esperó la aparición del bus interprovincial. Ella aprovechó al máximo para observar los altos árboles y el cielo nublado y los riachuelos transparentes que discurrían por los flancos de la pista. En su mente repitió la dirección a donde debería llegar cuando llegase a su destino. En esa dirección vivían muchos años una prima de su madre a quien Wandy nunca conoció. Apareció el bus y Wandy corrió y se metió entre los demás viajeros y cuando el carro se detuvo Wandy subió y rápido se sentó en un asiento vacío. Ella tuvo suerte, ya que varios viajeros fueron de pie aguantando ochos horas de viaje. Ella miró su reloj viejo y eran las nueve de la mañana.

La frase de su padre:” *Wandy ya eres mayor de edad, puedes buscar trabajo y mantenerte*”, la animaba. *“En lo que pueda te voy a mandar plata”.*

Wandy quedó vencida por el sueño y despertó horas después cuando faltaban tres horas para llegar Sumacwasi. Ella no durmió. Observó el cambio de los paisajes, ahora el clima era caluroso y abundaban arbustos cuyos frutos eran el pacay, la lima y los limones. Nuevamente el paisaje cambió. Ahora eran grandes extensiones de terreno plano donde bastantes trabajadores estaban echando semillas que tenían en una canasta amarrada a sus vientres. El almuerzo de Wandy fue la fruta redonda de cáscara amarilla.

El bus llegó a la ciudad a las cinco de la tarde. Wandy abrió sus ojos grandes y negros ante un cielo adornado de nubes aisladas, su cabellera negra cortada en melena se movió con el giro de su cabeza, y sintió en el rostro un golpe suave del aire menos frío que el de su pueblo. Bajó del ómnibus sin dificultad, su mochila no pesaba, su cartera hasta con un dedo lo podía transportar. Quedóse sorprendida de los autos y la gente que en eran incontables. Recordó su cuarto, sus libros, la imagen de sus hermanitos y de su madre; entre sus ojos manó una gota de agua transparente.

Recordó lo que le dijo su madre antes de partir de su tierra natal: *“Busca a Shirley M… ella vive en el jirón Las amapolas 355, ella es mi prima”*.

Preguntó si conocía la dirección que le dio su madre, a la vendedora de boletos de la agencia de transportes. La señora que miraba a través de sus

anteojos claros le indicó a Wandy caminar derechito hacia el sur cinco cuadras de la avenida y luego voltear a la izquierda. Llevando sobre la espalda su mochila y sobre el hombro la cartera fue apurada buscando la dirección que tenía anotado en su memoria.

Tuvo miedo de tocar la puerta. Pensó un rato y se animó a hacerlo.

-Señor, buenas tardes – dijo con su voz fina.

-Hola, muchachita.

- ¿Se acuerda de doña Jacinta?, Soy su hija de ella. Quiero pedirle que por favor me ayude. No tengo dónde quedarme.

-Mira yo no te conozco a ti.

-Señor, ¿dónde está la señora Shirley?

-Acá no vive esa persona que buscas. Mejor vaya a la policía para que la ayuden.

-Mi mamá me dijo que vive en esta casa.

-ya le dije y no moleste señorita.

A Wandy se le salió una lágrima. Bajo la cabeza, su mirada apuntó al suelo, ocupada en ver la acera limpia. Retiróse de la casa. Dio vueltas por las cuadras pensando en su situación. Si anochecía tendría que pernoctar en un hotel. Se sentó en la banca de un parque cuyas flores secas vio; acomodóse en el lugar donde los árboles dejaban caer sombras.

Comió su frutita y esperó la llegada del anochecer. Nada se le ocurría. Las sombras empezaron por rodear los cerros de la ciudad. Wandy se sintió aprisionada por los efectos de la oscuridad y la observación de las personas desconocidas. Observó la catedral donde descansaba el patrón sagrado de la ciudad. Las puertas de esta que eran gruesas y de madera tallada y laqueada estaban cerradas.

Wandy se levantó y empezó a bajar por un jirón y luego por la avenida. Vio una casa cuya reja estaba abierta. La puerta de gran altura también estaba abierta. Al interior estaba una cruz de meta, pero sin Jesucristo. Wandy leyó el cartel que estaba insertado en la pared, encima de la puerta: Iglesia Bautista. Al entrar se persignó como símbolo de saludo y reverencia al Creador. Sin embargo, no vio a ningún santo ni virgen; solo, cruz al frente. Se sentó en la última banca. Los que estaban dentro del templo miraron a Wandy con extrañeza. Ellos se preguntaban si Wandy era la nueva feligresa de la iglesia evangélica. Wandy estaba tranquila. Una señora se le acercó para decirle que converse con el reverendo si quería pertenecer a la iglesia. El reverendo, Robertson H…, estaba en el interior del templo haciendo jugar a su pequeño hijo. Este gringo de ojos de cielo despejado, hablaba de caridad al prójimo a los fieles quienes tenían que dar cien soles mensuales para apoyarlo.

Wandy encontró consuelo recordando las misas de su comunidad que hacía el sacerdote, una vez al año. Ella se levantó, caminó bajo el grupo de focos que pendían del techo, que brillaban en las noches. Un poco tímida caminó moviendo las caderas y se dirigió al costado derecho. En él había una puerta abierta, se acercó a ella. Llamó tres veces. Desde dentro le contestó una voz varonil. Después de un instante apareció Robertson H… El hombre que tuvo que agacharse para pasar el dintel de la puerta miró al otro cuarto preocupado de que su mujer le interrumpa y cerró la puerta. Wandy miró al hombre muy entristecida. “Hija, hija” exclamó el hombre extendiendo los brazos y mirando amorosamente.

-Qué pasa hija. Eres nueva. Nunca te había visto en las misas.

- ¡Padre, ayúdeme!,   no tengo a donde ir.

-Hija, no te ahogues en la pena, estas en la casa de Dios, Dios no deja a sus criaturas desamparadas. Dios da la mano a nosotros su obra sagrada ¿Cuéntame, tu familia está lejos o no tienes?

-No padre, acabo de llegar del centro poblado de H… Aquí no tengo ni tías ni tíos ni abuelos ni abuelas. Nadie padre.

- ¡Hummm! ¡Qué hacemos? Yo no soy padre, soy reverendo -habló en voz alta Míster Róbertson. Este se puso a pasear por el cuarto, disimuladamente observaba las piernas rollizas de Wandy, piernas que

el pantalón jean azul “esculpía”. Miles de ideas le gustaron y empezó por ponerse nervioso ante la idea de saborear fruto aún tierno y a punto de llegar a la madurez. A la cocinera la había sometido a sus deseos que el demonio le atizaba y luego la dejó que siga trabajando con la condición de callar de lo sucedido. La barrendera del templo también fue para él un gran menú de pura carne pulposa y abundante. Él era el enviado y representante de Cristo en la tierra.

El religioso cerró la puerta de entrada y Wandy reaccionó asustada levantándose de la silla. El reverendo le dio la espalda e hizo una llamada telefónica a través de un celular nuevo y plano. Wandy escuchó que el reverendo levantaba la voz a la negación de la persona con quien hablaba. Esta era la esposa del religioso.

El padre se acercó donde la muchacha y le puso una mano sobre el hombro izquierdo. El hombre habló que el único lugar donde cobijarla era con él. Wandy muy triste, miró el suelo, las paredes de color amarillo oscuro, una cruz grande que descansaba sobre una mesa; qué alivio, qué sensación de quietud interior se sentía en el cuarto. Este olía a flores mezcladas con agua bendita. La sensación de amor paternal se fue transformando en algo inexplicable para ella. Wandy descubrió que el reverendo tenía una mirada que tuvieron los jóvenes cuando le silbaban en la calle. Tembló, se desesperó, quiso

huir. No obstante, estaba inmovilizada por una fuerza extraña que ella no podía vencer.

El reverendo abrió la puerta que conducía adentro y vio que su esposa y su pequeño hijo estaban sentados en la banca a pesar de ser noche.

-No llores hija, estás en la casa de Dios. Aquí recibirás amparo espiritual. Vamos, voy a alistar tu cuarto.

-Sí…, padre (temerosa).

CAPÍTULO III

WANDY LA EMPLEADA DOMESTICA

Repentinamente escuché la voz de una mujer, que parecía ser de edad, detrás de la puerta de entrada. La puerta tembló e hizo un ruido monótono al compás de los golpes que daba la mujer con su puño. El religioso asomó y vi que una viejita suplicó la bendición. No razoné, instintivamente reaccioné y mi impulso fue salir del cuarto sin hacer caso al hombre “santo”. No miré atrás. Caminé hasta llegar a la entrada principal y contemplé al fondo la cruz de metal laqueado. Me persigné antes de salir como lo hacía en la iglesia donde había muchos santos y vírgenes. Cargué sobre la espalda mi mochila y mi cartera bamboleándose bajo mi mano. Fuera del templo me envolvió una brisa refrescante. Escuché que me llamaban varias veces, pero no hice caso.

Regresé al centro de la ciudad que ya estaba envuelta por la densa oscuridad. Las calles estaban iluminadas y las tiendas también. Quise entrar a mirar a una zapatería, pero no lo hice. El banco de la Nación estaba cerrado, sin embargo, las lunas dejaban ver a personas limpiando el piso de él. Volteé por un jirón y entré a un restaurante. Había en él mucha gente. Pedí el menú de la noche. Sopa de sémola y segundo de arroz verde. Un desconocido,

hombre de unos cincuenta años, se acercó a mi mesa y dijo que quería sentarse, pues el restaurante estaba lleno de comensales. Rápido bebí la limonada y me levanté para dirigirme a la caja.

Luego, llevando mi cartera y mochila cuyo contenido eran peine, cepillos, ropa, me dirigí a un hospedaje para pernoctar en ella. El dueño de este se presentó como Donald S…, un hombre alto, rubio y de piel colorada. Le conté al hombre mi situación, relato que no le causó efecto en su faz seca y seria. *"Te ofrezco un servicio y calladita tienes que pagarlo. Es la regla del negocio".* Donald no quiso rebajar el costo del hospedaje y me quiso botar de su sala, le di un billete de treinta soles y se calmó.

El sueño fue un mágico hálito de paz, el colchón era una nube de sosiego. Soñé que conocía a un joven simpático y con él me paseaba por una ciudad desconocida. Mi corazón latía mucho más rápido, pero de felicidad. El hombre me sonreía, me acariciaba, yo me perdía en sus brazos fuertes. Sin embargo, apenas desperté, ya era el nuevo día. Yo estaba en el cuarto pequeño, no había el joven, la felicidad había desaparecido. Cogí el control remoto y el televisor que pendía en la pared no encendió. Mi primera idea fija fue buscar la universidad y preguntar el costo de la postulación. Luego buscaría trabajo. Me levanté de la cama. Me puse la ropa del día anterior. Fui al baño y me lavé la cara y me

peiné. Bebí un poco de agua y enjuagué mi boca, pero mi aliento seguía amargo. Bajé las escaleras, el señor Donald me detuvo en la sala. Él me propuso para que trabaje en su hospedaje como personal de limpieza. Dudé en aceptarlo. Mi metro setentaicinco de altura no me permitió mirarlo de frente al gringo. Mi corazón me impulsaba a dejar el lugar. Mi razonamiento, me convencía de aceptar el trabajo. Yo quería trabajar y ahora que me ofrecían, no quería. A Donald lo vi callado por un momento. Parecía pensar mirándome detenidamente. Me asusté. Quise irme, pero acepté con la condición que me dejase estudiar. Él me dijo que ya se vería el estudio acomodando el horario de trabajo.

El mismo día empecé a barrer y trapear los siete pisos del hospedaje. El gringo me dio un cuarto pequeño, en la azotea, era en este, donde empecé a dormir. El cuarto de madera era una coladera para el viento frío de la noche. Ya no fui a la universidad, pensando en darme tiempo con el pasar de los días. La cocinera del gringo, una señora gorda y que apenas caminaba, me daba un plato de sopa al medio día.

Una vez, un hombre viejo y gordo me llamó desde el pasadizo. Me hizo creer que el piso del cuarto estaba sucio y necesitaba trapearse. Yo sonriente entré para limpiarlo. El hombre me rodeó la cintura y sorprendida grité fuerte. “Qué pasa concha de tu madre”. Una voz varonil retumbó desde fuera,

golpeando la puerta con violencia. El gordo rápido dejó de aprisionarme con sus manos gruesas y fofas. Yo agarrando la escoba y tambaleándome desactivé el cerrojo y abrí la puerta. En el pasadizo observé parte de un ser pequeño que entró rápido al cuarto contiguo. Desde esa vez decidí no entrar a los cuartos ocupados.

El hombre que me salvó del acosador gordo había sido un caballero guapísimo. Lo vi vestido con un terno plomizo. Bajé los ojos para poder mirarlo. Era blancón. Andaba encorvado y tenía un espíritu infantil. “Hola” “Dios bendiga tu vida” me dijo y entró a su cuarto. Debía ser un misterioso abogado.

Me peiné los cabellos negros, cabellos que parecían el nocturno bosque; me lavé la cara y luego bajé al primer piso. Llamé al gringo y le pedí permiso por una hora. El gringo me indicó la dirección de la universidad. No tuve dificultades para llegar a la casa superior de estudios y preguntando el costo de la inscripción gasté la plata que tenía guardada en mis medias: cien soles. Sin embargo, este no fue el único gasto, pues tuve que ir a un estudio fotográfico para tomarme media docena de fotos tamaño pasaporte. Esto me costó diez soles. El gringo me pagaría y con eso me compraría libros. Me demoré tres horas en inscribirme y cuando llegué al hospedaje “La pasionaria” el gringo me miró molesto y me dijo que para compensar el

tiempo que no trabajé lo haría en la noche atendiendo en la sala a los viajeros a viajeras.

En quince días sería el examen de admisión. En el día, yo trapeaba y barría el hospedaje y en la noche, cuidaba en la sala de entrada y entregaba las llaves a los clientes. Yo quise reclamarle al gringo, pero me desanimaba, creyendo que no me pagaría. así que no tuve la oportunidad de leer un libro y di mi examen, un domingo de abril. Fue agotador el examen que duró algo de tres horas. No sé si Dios me inspiró, pero el examen no fue complicado para mí. En horas de la noche, pedí permiso al gringo para encender la radio que estaba en desuso en la sala. Escuché la lista de ingresantes y cada que nombraban un nombre me latía el corazón con mucha rapidez. De una inmensa felicidad quedé bañada al escuchar Wandy Lira Pumashonko. Yo estaba gozando espiritualmente, sin testigos en la sala.

No extrañé mi cama, mi pueblo, mis libros de Filosofía y Poesía. No me quejé del plato de sopa, café, agua de manzanilla y un pan que me proporcionaba la cocinera de Donald. Mi sueño se realizó, ahora sí que valía la pena seguir trabajando duro para seguir estudiando.

Con ganas, al día siguiente, no me dejé vencer por el temor y le cobré al gringo el pago de los quince días de trabajo. Este me dijo que “mañana”

me pagaría y así se pasaron los días sin que yo pudiera matricularme. Me daba miedo acercarme al dueño del hospedaje, pues parecía estar poseído por la locura. Cinco días después, lo encontré sentado en su sofá de la sala, le supliqué me pague, sin embargo, me reclamó que él me daba de comer y dónde dormir y no era equitativo que me pague. Tuve que subirme a mi cuarto y llorar un rato antes de decidirme a abandonar el lugar al día siguiente. No bajé a atender a la sala, tampoco cené el agua de manzanilla y pan que la cocinera del gringo me daba

No pude dormir en toda la noche. Mi cabeza dolía de tanto pensar en lo que haría después de irme del hospedaje. destapé las frazadas cálidas. Miré la calle escasa de gente, me senté sobre la cama exclamando ¡Hoy es el día! Los golpes de la puerta repentinos me pusieron en estado de alerta. Me vestí rápido creyendo que era Donald que me necesitaba.

-Señorita, permítanos entrar, somos policías.

- ¿Qué ha pasado?

CAPÍTULO IV

EL CHULLACHAQUI[1] ABOGADO DE WANDY

Donald estaba descontrolado. Pedía a los policías que entren al cuarto de Wandy.

- Busquen mi plata carajo. Los quejos al comandante para que los bote por incapaces.

Wandy no comprendía la actitud de su empleador. Ella explicó las diversas situaciones donde encontró monedas de dos soles tanto en el baño como en la sala de recepción y que dejó sobre la mesa de Donald. Sin embargo, el gringo calificó a su empleada de "malagradecida" y "desleal". La policía no quiso perder el tiempo y procedieron a enmarrocar a la joven, que llorosa seguía afirmando que no había cogido nada del hospedaje.

Sus captores no la dejaron regresar a su cuarto. Fue un policía quien entró a recoger la mochila y la cartera de ella. Los policías estaban irritados con los gritos rabiosos del acusador.

- ¡Que me devuelva mi plata! ¡Dónde has escondido mi plata, ladrona! ¿Dónde?

Los ademanes amenazantes de Donald hicieron que los policías y Wandy desciendan rumbo a la calle.

(1) Duende o guardián del bosque de la selva peruana. Está asociado con el diablo. Adopta la forma o figura de una persona conocida del pueblo para engañar a sus víctimas y hacerlos perder en la espesura de su vegetación.

En el pasadizo el grupo se cruzó con el abogado enano que miró sorprendido.

- ¿Qué ha pasado?

-El señor me echa la culpa de su plata.

-Uds. agentes, han hallado pruebas de lo que la acusan.

-No, pero el señor la acusa y tenemos que continuar con la investigación.

Afuera Wandy fue obligada a subir al carro albo de la policía, para su traslado a la comisaría. Donald fue tras ellos en su automóvil rojo con estrellitas albas.

El encargado de la comisaría se negó a recibir la denuncia por el poco valor de lo “robado”. Wandy sintió que un hálito de dicha bañaba su alma. Sin embargo, Donald estaba fuera de sí y amenazó a los policías con castigarlos gracias a su influencia en los altos mandos de la policía.

Wandy no tuvo opción más que entrar a la celda para su desconsuelo espiritual. Sus ojos se abrieron para manar agua cálida en forma de riachuelo en miniatura. Su pecho se hundía y luego de unos segundos saltaba para adelante. Pensó en sus padres, en sus familiares, en sus paisanos. *“Mejor me hubiera quedado en mi pueblo comiendo canchita”.* Reflexionó.

Era las doce del mediodía cuando ya empezó a incomodar ese ambiente pesado de encierro. Pues a cada cierto tiempo entraba a la prisión una nueva acusada de robar, de pegar, de pepear, de golpear. Cada presa contaba el motivo del encierro y nadie era culpable, todas se declaraban haber sido víctimas de una trampa o engaño.

Wandy escuchó voces de hombres que discutían en la lejana oficina. Al principio no le dio importancia. Una de las voces era culta y con ideas claras y la otra voz era coloquial, fuerte y agresiva. La segunda voz se defendía y no estaba dispuesto a ceder. En cambio, la primera voz se lucía dando ejemplos de infracción a la ley por parte de la policía.

El desconocido que estaba hospedado en el hostal, hombre muy pequeño que apenas le llegaba al pecho del policía de turno, se presentó como abogado defensor de Wandy. “No me gustan los pecadores”. “No me gustan los sacrílegos”, repetía a cada rato. Su terno brillante color gris estaba muy planchado. El policía vio que el hombrecito tenía los ojos rojos, pensó que tal vez era un hombre que estaba mareado o drogado y que se había equivocado de lugar. Sin embargo, la cordialidad y cordura y la apariencia de respeto que infundía lo intimidó al agente. Otro dato curioso que sorprendió al policía, fue que una de las piernas del abogado era más grande que la otra, es decir, uno de sus zapatos

era más grande que otro. Además de caminar ladeado el pie derecho.

-Señor, nuevamente le exhorto que libere a mi defendida Wandy L.

-Hay una denuncia de robo señor no se le puede atender su solicitud.

-Uds. seguramente tienen fundamentos legales para privarle de su libertad a mi defendida, de lo contrario, va a ser denunciado por abuso de autoridad. ¿A cuánto asciende el presunto robo?

-El dueño del hospedaje ha dicho que es trescientos soles.

-Tú mismo has delatado tu falta. Nuestro Código Penal dice que para detener a una persona el valor de lo robado debe pasar los mil soles. Ahora ¿vas a continuar con tu capricho? Deje libre a la muchacha.

En la belleza facial del hombrecito se multiplicaban las arrugas cuando hablaba. El policía, dudó. Entró a otra oficina y habló con otro policía barrigón que no quería levantarse del asiento. Luego de unos instantes de espera, el policía se acercó al abogado enano y sin decir nada se fue por el camino de las celdas.

Obedeciendo, sin entender el motivo de su liberación, Wandy salió de la celda. El policía, un joven alto y medio acosteñado, le entregó la mochila y cartera. La muchacha, sombrada vio a un ser enano

guapísimo que la esperaba parado a la entrada de la comisaría. El enano le hizo un gesto de alegría. El policía de inmediato llamó por celular a Donald para avisarle de la liberación de Wandy. El gringo respondió sonriente y confesó que ya había encontrado su plata escondida debajo del sofá, en la sala, y que ya era tiempo de deshacerse de una chola gratis.

-Vamos. Te voy a invitar un almuerzo. Te voy a explicar. No tengas miedo. Confía que soy una persona bondadosa. No te voy a hacer daño de ningún tipo. Recepcióname como un enviado de Dios.

-Ya, señor-. Wandy se dejó llevar por el abogado. Aunque temerosa, ella se sintió tranquila de estar rodeada de gente desconocida, en la calle. No había peligro de ser perjudicada. No imaginaba que Donald era un calumniador capaz de acusar a cualquiera de haberle robado sus flores de plástico que tenía en la sala del hospedaje. Wandy tenía miedo de ir al hospedaje y cobrar su trabajo.

Caminaron hasta llegar cerca del mercado. Ella no habló nada. En su corazón había una lucha de dos fuerzas: pasear sin la marroca versus estar acompañada por un desconocido. La gente los miraba raro. Ella pensó que la gente los percibía como pareja. Wandy se sintió incómoda, pues el Chullachaqui a pesar de ser guapo ya era de edad.

-Yo soy amistoso con la gente de bien, pero soy enemigo de los pecadores y ateos. Si no has pecado, yo te ayudo. ¿Tú crees en Dios?

-Si.

- ¡Qué bien!

El enano misterioso hablaba amistosamente. A cada rato le sonreía a Wandy. Ella pensó que por agradecimiento debía seguir al hombrecito que caminaba ladeando con unos de los pies. Entraron a una cevichería. En él se acercaron a una mesa desocupada. En la mesa vecina, había varios hombres que estaban comiendo un cerro de ceviche de pota. Apenas los hombres vieron al abogado, le saludaron con la mano y sonrientes, con tanta reverencia como si el enano fuera un Inca. El abogado sonrió. Wandy se cohibió más, pues los desconocidos hablaron bajo y se rieron mirando a la pareja.

El mozo trajo dos platos de ceviche. Wandy empezó por comer apurada los deliciosos trozos de pescado blanquecino combinados de sal, jugo de limón, ajino moto y cebolla. Calladita deglutía los trozos de pescado, las algas marinas, el camote, el chocho. Aunque se sentía intimidada por la risa y conversación de los desconocidos siguió sentada pensando qué hacer más rato, más tarde, al anochecer, mañana.

Wandy hizo un estudio veloz de los rostros de los comensales: Róber, un mochilero estadounidense,

cuyo cutis marfileño y cabello blondo era lo que sobresalía antes que su lenguaje vulgar; Sherlock, un inglés nato, no era menos burlón y tampoco enano. El tercer desconocido llamábase Günter, un mochilero alemán, este miraba a Wandy con deseo, con sus dedos decía ademanes referidos a la relación sexual. La muchacha enrojeció y enderezó el cuerpo y se puso a mirar al enano. Ella quería levantarse del asiento e irse. Ideó varias formas de agradecerle al abogado, pero solo eran ideas que pronto desaparecían de su memoria y aparecían nuevas ideas. Quedarse no era razonable, especialmente con hombres bebedores de cerveza, que hablaban en inglés, pero por el tono, los extranjeros estaban burlándose de la pareja.

-Espérame un ratito.

El abogado se levantó teniendo necesidad de usar el baño. Wandy se puso nerviosa. Era el momento de abandonar la cevichería. Miró alrededor y empezó por mover sus pies para ponerse de pie. Róber se acerca a la silla de Wandy. Sorprendida ella del castellano fluido que domina el extranjero, le escucha. El acompañante le confiesa que el abogado es el Chullachaqui. Personaje que tiene el poder de disfrazarse de cualquier persona para conquistar mujeres y tenerlas como mujer en su “guarida” que es la selva. Le cuenta que los Chullachaquis son jorobados y tienen la nariz grande. Lo único real de ahora es la estatura. Ante la imaginación de

Wandy se crean varias hipótesis fantasiosas, todas con un final trágico. Róber es más osado y abre el maletín del abogado. Sorprendidos los cuatro ojos ven que en el interior del maletín negro solo hay bastante hojas de piel de culebra. Wandy deja de ser incrédula. Ella imagina que es presa del Chullachaqui con las manos atadas atrás, o que es amenazada por el enano con un machete, o que ella está dentro de un costal atada como una momia y trasladada a la selva en la tolva de un camión. Róber, se ofrece ayudarla. Wandy impresionada del relato se deja persuadir por el taimado bebedor.

Wandy, coge su mochila y cartera, deja la cevichería y tras de sí va Róber. Se arrepiente de haberse salido y se preocupa del maletín negro del abogado, que dejó sobre la mesa. Sin embargo, ya está fuera. Róber se apresura a alcanzarla. Wandy corre por una calle silenciosa donde hay casas abandonadas. Ella desea estar lejos de Róber, del enano. Sin embargo, a cien metros de distancia parece ver a Róber que la llama hace ademanes con la mano en son que Wandy vaya a su encuentro. Ella se interna por una chacra de maíces y casi al atardecer sale del lugar para ir a descansar en una banca de un parque vacío de gente. De soslayo ve una sombra que se acerca. Antes de reaccionar, Wandy sintió un golpe en la cabeza.

CAPÍTULO V

KEN Y BARBY

Desperté al amanecer echada sobre ropas sucias y haraposas. Mi cuerpo aterido exigió de gran esfuerzo para ponerme de pie. En el cuarto donde me encontraba no había nadie. Una cama estaba en un costado y las frazadas estaban desordenadas, es decir, alguien había dormido en él. El cuarto no tenía ventanas, las paredes estaban tarrajeadas con barro. Sobre el techo había una bolsa de color azul bien estirada a manera de bóveda. Me acerqué al otro costado y en él vi una mesa con una ollita, taza y cuchara.

Busqué en mi caudal de recuerdos los motivos por los que estaba en esa casa medio sucia. Me percaté que mi pantalón tenía el cierre abierto. Imaginando algo terrible descubrí mi ropa interior con manchas de sangre. Hubiera querido tener a Róber frente a mí para saltar sobre él como un puma; para morder hasta el tuétano como una perra; arañar y apropiarme de su piel como una gata en actitud de defensa. Sintiéndome sucia de cuerpo quise ir a la iglesia. Me acordé del reverendo, y me desanimé. Vi mi mochila y cartera rebuscadas. Me acordé de mi poca plata y toqué las medias. Sentí que los bultitos estaban calientitos en mi piel. Salí de la

casa y miré alrededor y no vi más que casas de adobe y poca gente ambulando a esa hora del amanecer.

Recuperando mi capacidad de percepción al cien por ciento pude darme cuenta lo que me habían hecho no sabía quién. Una viejita que salió de una casa cerca del puente fue la primera a quien interrogué del propietario de la casa. La viejita me dijo que en la casa donde amanecí vivía alquilado un extranjero que desaparecía en todo el día y a veces llegaba al anochecer acompañado de jovencitas borrachas. Temblando mucho, miré al cielo. Qué me había hecho Róber. Quise ir a denunciar a Róber, pero acordándome del problema que tuve con Donad me desanimé.

En la copa de los árboles, el sol coloreó las hojas de amarillo oscuro. Busqué desesperada los rayos del sol para purificar mi cuerpo. Me interné en el bosque soportando el remordimiento de haber venido a Sumacwasi. Me puse a trepar un árbol, pero mi peso no me permitió avanzar. Después de mucho rato pude ver los cerros del este que estaban bañados de luz. Cuánta comodidad sentí dejarme acariciar por rayos abrasantes de calor y luz. Lo que vi después me dejó con una sensación de peligro. Vi un letrero en el que estaba escrito un aviso con letras de imprenta en color blanco y rojo: Propiedad privada. Me asusté creyendo ser atacada o disparada sin aviso por el dueño. Talvez mandarían a sus perros enormes para atacarme. Me alejé del cerco de

alambres de púa y continué bajando de nuevo a la ciudad, pero no encontré el camino y me perdí. Buscando cómo salir del bosque es que llegué a divisar una casa linda de dos pisos. Un escalofrío electrizante me pasó por el cuerpo cuando vi a dos perros Pitbull echados en la entrada de la casa. Me tranquilicé cuando los perros despertaron, pero no pudieron avanzar para morderme porque estaban encadenados a la reja de la entrada.

La casa tenía un patio amplio. Alrededor del cual estaban los cuartos. El sol estaba ascendiendo alejándose del horizonte. Leí el tablerito colgado a la entrada: Hotel para turistas.

En eso apareció una señora de grandes caderas y pechos. El pantalón de color rojo con estrellitas blancas tenía abrasado sus piernas. La blusa ajustada estaba a punto de desabotonarse. Movía su cabeza pequeña y su cabellera parecía una catarata de oro. En el lugar donde yo tenía ojos de uva negra, ella tenía dos turquesas lustradas. Me sorprendió su talle tan delgado que pensé si esta señora comía o solo se alimentaba de agua. Le pedí ayuda. Con un ademán suyo entendí que me decía que me vaya. Le supliqué que no sea mala. “Wats yur neim?”. Me sentí amenazada. “How ol ar yu?”. No la entendía lo que me decía. Moví mis brazos de forma negativa. Ella extendió los brazos como si quisiera abarcar todo el bosque y se apuntó el pecho con su dedo. Le

expliqué mi intención de irme a la ciudad sin molestarla.

Un rato me estudió, pareció que en segundos le brilló una idea. Relajó su rígido semblante conmigo. Me llamó para acercarme. Los dos perros abrieron sus bocas lanzando pesados ladridos. “¡Saturno, Plutón!” dijo la gringa. Los perros dejaron de ladrar y se alejaron de nosotras. La señora me llevó dentro de su casa. Con la mano me indicó para limpiar los cuartos de la casa. Me llevó al lavadero e hizo ademán de lavar las ropas. Luego entramos a un cuarto. Era la cocina. Entendí que la gringa me ordenaba a cocinar. También me dio una escoba. Dudé en quedarme, pero mi estómago estaba vacío, así que la cantidad de pensamientos lógicos no me prohibieron de hacerlo. Con tal de salir sin problemas y regresarme pronto a la ciudad. Un señor alto y delgado vino hacia nosotras. Él hablaba bien castellano, pues no era gringo. Seguro era peruano. Este hombre me dijo que solo por hoy necesitaban apoyo de mí, ya que en cualquier momento llegarían un grupo de turistas estadounidenses con sus hijos e hijas. Me prometieron que me pagarían por un día de trabajo cien soles. El hombre sintió curiosidad de mi presencia en el bosque. Yo le dije que me habían robado y secuestrado en el bosque. ¿La gringa decía whats?, whats?

-Me llamo Ken W… Mi esposa es Barby T…

-Yo me llamo Wandy. Les voy a ayudar.

Esa mañana estuve sin desayuno y me puse a trapear los cuartos y la entrada a ellos. Tendí las camas y limpié el polvo de los cuadros y objetos de escultura Chavín que estaban sobre la mesita de noche. El hombre alto como un rascacielos, me alentó que en la tarde me pagaría los cien soles. Por eso, cerca de los once de la mañana limpié el patio y arreglé los jardines botando a la basura la champa crecida y las malas hierbas. Me alegré de que en un solo día ganaría cien soles.

Al medio día llegaron los turistas cargados de sus grandes mochilas y teniendo puesto zapatos gruesos y largos. Los extranjeros se sentaron en el sofá de la sala. Entre ellos y ellas se entendían y se hacían bromas. Barby me llamó para ayudarla a servir el almuerzo. De ida y vuelta al comedor llevé una cantidad de platos servidos. Recogí después cuando ya estaban vacíos y sucios. Barby me ordenó que los lave y a pesar de mi apatía tuve que hacerlo. A las dos de la tarde Barby me dio un plato de sopa. Comí en un instante la sopa fría y grasosa. “Gracias Dios. Gracias Dios”.

Después que terminé de lavar mi plato recogí mi mochila y mi cartera. Me acerqué a la sala. La pareja estaba sentada en el sofá. Ken acariciaba el rostro a su acompañante y con otro brazo rodeaba la espalda frágil de ella. El hombre me sonrió.

-Mira señorita, los huéspedes se han quejado de lo sucio que han encontrado los cuartos.

-Yo he limpiado bien.

-Nou Nou Nou.

-Los turistas me dicen que has tenido un pésimo trato cuando les has servido la comida.

-Yo no les hecho nada, señor.

-Por lo tanto, agradece que te hemos dado de comer. No te podemos pagar. Señorita tienes que limpiar bien cuando se te dice que limpies, pues estos gringos son muy estrictos en la higiene y prefieren que las mozas sonrían y hablen antes que ser serias y mudas.

Me dolió bastante lo que dijo Ken. Mejor era retirarme del lugar sin hacer problemas. Dios haría justicia por mí. Les agradecí y me retiré de la sala. Entrando al patio una idea se me rebeló y no quería amansarse. Destruir con una piedra la pared de vidrio de la sala, pero me desanimé. Llegando a la entrada me di cuenta de la presencia de los dos perros. Ken y Barby salieron al patio.

-Wandy quédate a trabajar con nosotras solo por unos días. Haz bien tu trabajo y desde mañana te pagamos.

- Gracias señor, pero no quiero. Aleje a sus perros de la puerta.

-No muerden, son mansitos.

La pareja se entró a la sala. Mi espera se hizo angustiosa y desesperante sin poder cruzar la puerta.

CAPÍTULO VI

EL ICHIKOLLKO[2] Y WANDY

Los perros roncaban como hombres viejos. Wandy se animó a coger piedras grandes del jardín y comenzó a lanzar una a una contra los dos canes. Una de las piedras le cayó en la cara al perro más grande y chilló fuerte. El animal se desesperó por liberarse de la cadena. El otro perro se desesperó por atacar a Wandy. Ella se acercó a la puerta y aprovechó que los perros salieron afuera estirando las cadenas para salir de la casa.

Barby corrió al patio profiriendo palabras inentendibles: “dog”, “dog”. La mujer rubia acercóse donde Wandy que ya caminaba tranquila por un caminito delgado por la ruta de un riachuelo, creyendo no ser seguida por los dueños de los perros heridos. Ken dio unos pasos de gigante con el fin de alcanzar a Wandy.

-Oye zorra, quédate quieta, le has roto la mandíbula a mi perro.

-Yo no he hecho nada.

Wandy aceleró los pasos a pesar de la dificultad para caminar por el suelo pedregoso y desnivelado. A cincuenta metros Ken avanzaba

(2) Es un duende. Este hombre pequeño, es visto en lugares escondidos tiene el cabello rubio intenso, largo y abundante; ojos grandes y azulados; orejas puntiagudas y grandes; piel blanca, contextura y estatura de un niño de aproximadamente tres años; no posee vestimenta. Se da golpes en el vientre inflado parecido al de un tambor. para atraer a las criaturas, a los solteros y a las mujeres embarazadas y especialmente a las bonitas.

furioso. La muchacha se internó por un bosque de árboles de eucalipto y llegó a un pequeño manantial donde en el medio había una gran roca de dos metros aproximadamente.

Detrás de la roca apareció un niño de cabello blondo hasta la cintura. El pequeño estaba descalzo y desnudo. No se le podía ver el rostro, pues tenía demasiado cabello. Además de tener un cuerpo de adulto. Este tiró con una fuerza de hombre piedras medianas contra Ken. Este recibió un fuerte golpe de piedra en el pie derecho. “Enano conchadetumadre”. Ken quedó paralizado por el golpe y cojeando regresó a su casa en busca de su escopeta. Wandy siguió corriendo pensando si de verdad era protagonista de su destino en la vigilia o era un sueño el que le hacía ver un niño con cara de viejo. Ella pudo ver la ciudad: las casas como pequeños cuadrados y a las calles como cintas delgadas. El sol ya había dejado de brillar y se había hundido desde la cima de la cordillera negra. Bajó rápido y su perseguidor comenzó por tocar una música hechizadora utilizando su vientre al que le sacó sonidos de tambor. Wandy quedó paralizada por aquella música. Así agitada y ardiéndole la garganta hizo esfuerzos para seguir bajando el cerro para llegar a la carretera antes de ser alcanzada por el ser retaco, de cabellera rubia que es el diablo transformado en Ichikollko. Su carita de nieve e infantil del desconocido exhibe una sonrisa. Wandy

queda estática, no puede gritar, pierde el habla. “Es un Ichikollko, auxilio”. Sus palabras rebotan contra la pared bucal. Al exterior no sale el más mínimo sonido. El Ichikollko da unos pasos ágiles para llegar a Wandy. La parálisis de miedo que le provoca el hombre de linda cabellera crespa y suave no queda roto rápidamente. Desde la roca el Ichikollko habla fuerte.

- ¡Ay mi linda niña! ¡Vamos a vivir muy lindo en mi casita!

- ¡Nooooo! ¡Auxilio!

-Auxilio. Jajaja. Yo te voy a ayudar. Te va a gustar mi música, escucha, ninguna mujer se resiste. No te asustes. Agradéceme que yo te he ayudado, preciosa. Yo te voy a proteger de los hombres malos. Yo aparento dar miedo, pero no soy malo.

Apenas queda librada de la parálisis física, Wandy coge un trozo de champa que está removido y lo tiene listo para darle en el rostro al retaco rubio. Este deja de interesarle la muchacha. Wandy trota despacio porque teme caerse, y cuando quiere correr, los pies no responden con más velocidad. Solo piensa en alejarse de aquel hombre raro. Llega a una carretera donde por fin se tranquiliza. Ve pasar a una señora arreando sus vacas, caballos y carneros.

Wandy desciende por la carretera rumbo a la ciudad. De rato en rato mira atrás, observa el

bosque. El cielo empieza a oscurecer, la ciudad está bombardeada de luces infinitas. Su caminata se hace lenta por el cansancio. Prefiere dar vuelta las curvas antes de cortar camino por las chacras. Los últimos pajaritos pasan por encima de ella muy veloces rumbo a sus nidos. Otros pajaritos dan sus últimos píos antes del anochecer. La caminata era agotadora. Repentinamente escucha el ruido de motor de carro. Voltea y se alegra de ver un auto cuatro por cuatro de color blanco. Levanta la mano y el carro se detiene. Por la ventana ve que en el interior del auto hay dos hombres.

CAPÍTULO VII

LA APARIENCIA ENGAÑA A WANDY

Creo encontrar ayuda de los ocupantes del carro. Hago gesto de subir y el chofer asiente. Me voy directo a la tolva. Me siento sobre mi mochila. Tranquilizada observo el cielo: un montón de estrellas están sus

pendidas en él. Por la luna posterior observo a los dos hombres. Tienen puesto un casco anaranjado y conversan amigablemente. El carro empieza a acelerar y el viento me golpea fuerte el rostro. Me pone nerviosa la velocidad del carro. De mi garganta no quiere salir una letra con significado de protesta.

Me doy cuenta que se están alejando de la ciudad. Que se desvían por otro camino y yo no puedo saltar porque el carro está trasladándose velozmente. “¡Paren, paren!” “¡Por favor deténganse!”

-Cállate puta (vocifera el acompañante abriendo la ventana del carro).

El carro frena abruptamente y me golpeo la cabeza. Empiezo a sangrar por la nariz. Grito lo más fuerte que puedo. Lo único que se me ocurrió es coger mi mochila y tirarlo a la oscuridad. Bajan los

dos hombres y me sorprendo de sus estaturas. Hablan como Barby, no entiendo lo que me dicen. Dejan que me limpie la nariz manchada. Los cuatro brazos varoniles me cogen brutalmente. Me despojan de mi pantalón con una brutalidad animalesca. Me siento mareada por una pesadilla eterna. Yo les suplico y pido su piedad, pero estos canallas se ríen. No puedo defenderme contra la brutalidad de los dos gigantes. El acompañante me tiene rodeado el cuello con sus brazos fuertes. El otro bribón procede a bajarse el pantalón. Hunde algo caliente y grueso en mis entrepiernas. Este algo lo siento explorar al principio de manera pasiva y de pronto rápida. Mis entrañas se estiran y yo grito. Rápido abre la boca mi "victimario" y se retira, agotado. Les suplico que no me hagan más daño. No me hacen caso. Pido auxilio y el que ha gozado me acogota más fuerte hasta no dejarme respirar. Está poseído por la lujuria. "Yes, yes", dice el nuevo atacante mirándome las carnes redondas que me sostienen en un asiento, ampayadas por una linterna. Apunta con su arma ansiosa y me asalta salvajemente haciéndome gritar fuerte la rajadura de mis músculos interiores. Consuma su lujuria y me deja en paz.

Las luces delanteras del carro siguen prendidas. El otro desconocido me da dos bofetadas fuertes que me dejan como desmayada. "escucho sus risas gruesas y diabólicas. Sin levantarme el pantalón yo salto al vacío sobre una chacra. No me

importa morir atravesada por una estaca o pun palo, pero quiero estar lejos de mis enemigos. La luz de la linterna me busca. Los dos gigantes siguen parados exclamando frases airadas. Inmovilizada entre plantas siento el olor a quemado. Arranca el carro y yo quedo a merced de la oscuridad.

Me pongo de pie. Me ajusto el pantalón. Piso las deformidades de la chacra, soporto sus hincones. Me hincan palos pequeños desparramados. Uno me penetra la pantorrilla. Quiero gritar. Imploro a Dios. Pisando piedras filudas y sigo caminando en la oscuridad. Reconozco que estoy en una chacra de mazorcas. No moriré congelada, no me rindo. Logro subir la pared de hierbas asqueada de pisar barro y hierbas podridas. En la carretera aún hay humo de mi cartera quemada. Busco más abajo el lugar donde lancé mi mochila. Nuevamente tengo que bajar a la chacra y a tientas y agachada voy tumbando las mazorcas hasta encontrar mi mochila.

Por el lugar fue más fácil subir a la carretera y sigo caminando hasta llegar al cruce de las carreteras. Empiezo a caminar con dirección a la ciudad. No tengo miedo. Veo venir un camión que apenas circula. Me escondo en una chacra y cuando pasa el camión voy detrás y me cuelgo del cerrojo de la puerta de atrás. El camión viaja lento y yo descanso, camino y luego me cuelgo del cerrojo. Así voy avanzando hasta llegar a la ciudad cerca de las ocho de la noche. Apenas veo casas, dejo de colgarme

del camión y camino llorosa y siento que la sangre se ha resecado en mi pecho. Mi mochila está húmeda y sucia de barro.

CAPÍTULO VIII

WANDY LA BONDADOSA

Wandy rememora la crueldad de sus victimarios y avanza más rápido. No quiere rendirse. Ella agradece a Dios. Nada la detiene, ni el dolor de su planta herida e hinchada ni el dolor de su entrepierna. La ciudad de Sumacwasi ya estaba absorbida por una densa oscuridad. Hambrienta y sedienta, Wandy, entra a una tienda y compra pan y agua mineral. En la tienda, el dueño del local, Wilson F…, se interesa por saber el motivo de la sangre resecada en la cara de Wandy, las lágrimas y lo sucio de la casaca de hilo de carnero de la muchacha.

Wandy ve que al otro costado hay varias mesas donde señores de diversa edades y fisonomías beben cerveza. Wilson no tiene tiempo para atender su bodega y su bar al mismo tiempo. “Tío, cuatro chelas”. “Tío un par de negras para aquí”. El bodeguero que tendría sus sesenta años, apenas camina y luego viene a atender su bodega y se enfrenta a una discusión con una compradora que le dice “te he pagado” y el otro responde “no me has pagado”.

-Señorita, que tal si me ayuda un ratito no más. Ya le pago. Llévele sus cervezas a la mesa cuatro y

dos. Toma papel higiénico para que te limpies la cara.

-Ya señor.

Wandy confía en la voz amable de Wilson. Se abre una puerta y ve a una señora en sillas de ruedas que está descansando. Wandy se tranquiliza, ya no desconfía de quedarse en esa tienda, pues piensa que debe ser la esposa del bodeguero. Sin darse cuenta Wandy ha trabajado hasta las once y media de la noche. Ahora es el momento de retirarse del lugar. El bodeguero le da una propina de diez soles. Wandy se alegra y cogiendo su mochila decide salir de la tienda. En la calle no hay gente, no hay carros, solo hay perros callejeros ladrando.

-¿No eres de aquí?

-Pues, te presto un pellejo y duerme en uno de los rincones de la tienda. Mañana te vas.

-Gracias señor. Mejor me quedo.

El bodeguero por si acaso echa candado por dentro la puerta de su tienda y luego se retira a su cuarto para atender a su esposa. Wandy usa el baño antes de dormir tranquila, pues de todo lo que le ha pasado sus nervios están cansados. Se echa sobre el pellejo de carnero negro y de golpe se queda dormida hasta el amanecer. Se alistó para irse, pero no sabía a dónde.

-Oye muchacha, quieres ayudarme en atender el negocio del bar. Yo te pago. Es en las tardes que puedes tender hasta la medianoche. En la mañana puedes hacer otras cosas.

- Si señor, gracias, lo acepto.

Wandy no pensó ante la proposición del bodeguero. Simplemente aceptó porque le convenía, ahora sí tendría tiempo para estudiar. Esa misma mañana salió de la tienda con el compromiso de volver a la tarde. Ella se fue a la universidad. En él tuvo que entrar a la oficina de asistencia social donde pidió a la psicóloga que le facilitaran matricularse. No tenía dinero suficiente para pagar el costo, pero ya había conseguido un trabajo y en un mes cancelaría la deuda. La psicóloga le comentó a Wandy que había dos modalidades de estudio: la primera duraba cinco años y solo había que pagar la matrícula cada semestre, la segunda modalidad era la inyección en el brazo de un microchip de diez terabytes de memoria en el que estaba almacenado todos los contenidos del curso que se aprendía en cinco años, era dos veces la que inyectaba y en dos meses ya egresaban como profesionales. Wandy se entristeció al oír el costo de la segunda modalidad: cincuenta mil soles. Wandy escogió la primera modalidad y fue aceptada por la sicóloga. Solo tuvo que gastar en tomarse fotos tamaño pasaporte y entregarlos junto a su partida de nacimiento y certificados de estudios que estaba muy arrugado.

Va al mercado y se compra medio kilo de naranjas y una mano de plátanos, ese es su almuerzo. A la tarde, ella no espera y de frente va a la tienda de Wilson. Este se sorprende creyendo que la muchacha ya no volvería. La presencia de Wandy atrae más consumidores de cerveza. Para Wilson las ganancias se duplican, triplican, cuadriplican en solo dos semanas de trabajo. Wilson está muy contento de la buena suerte del destino le ha dado. Nunca había querido contratar a una muchacha por temor a que le roben, pero de Wandy no había quejas, era una chica muy servicial y tranquila.

Wilson está ganando con Wandy. A ella, el bodeguero le ha alquilado un cuarto pequeño de adobe a cien soles por cada mes de uso. Le da de comer menú a cinco soles sea desayuno, cena o almuerzo. En total, de los quince días, Wandy ya le debe a Wilson 275 soles. O sea, Wandy recibiría al fin de mes 125 soles para cancelar la deuda de su matrícula. Pero, Wilson ahora le obliga a Wandy a que atienda desde la mañana. Es decir, Wandy ya no asiste a la universidad, o si asiste de vez en cuando, ella no tiene tiempo de hacer sus trabajos de investigación de los ocho cursos que está llevando en el primer ciclo.

El día dieciséis entró al bar, una pareja de enamorados. La mujer pidió una caja de cerveza negra. “Ya te pago, ya te pago” repetía la mujer cuando Wandy le cobraba. Esta se preocupó y a cada

rato observaba los movimientos de la pareja. El enamorado sacó de su bolsillo setenta soles y pagó de la caja de cerveza. Wandy se alegró y contenta dio el vuelto al ebrio. Sin embargo, la mujer, que tenía el cabello teñido de rubio, pidió otra caja más y otra y otra. Wandy estaba confiada que los bebedores pagarían. En total hasta las diez y media de la noche la deuda de la pareja de borrachos era de 195 soles.

Los dos borrachos se levantaron de sus asientos para dirigirse a la calle. Wandy corrió para detenerlos y cobrarles lo que ellos debían. “Yo te he pagado, sabida” repetía la mujer. Wandy le cogió del brazo a la mujer “rubia”. “Pague señora” suplicaba la muchacha. Los ebrios iniciaron una discusión con otros borrachos y se armó una pelea. Wilson corrió para impedir el destrozo que los borrachos hacían de su bar. En esa pelea, la pareja que debía por el consumo de las cervezas escapó y subió a un taxi. Wandy casi se desmaya al no ver a la pareja de bebedores.

-Qué ha pasado.

-Una pareja se ha ido sin pagar señor.

-Caramba, ya te dije que se cobra por adelantado.

-Primero me pagaron.

-¿Cuánto se tomado gratis?

-Tres cajas de cerveza negra.

-Mier… conch…

CAPÍTULO IX

WANDY Y RÓBER

Te doy trabajo y me robas, quién te crees para apropiarte de mis bienes. O acaso no te doy de comer y de cobijarte en mi casa.

-No le pagues a esa zorra. Yo te dije que no era de fiarse.

-Te voy a denunciar como ladrona si permaneces aquí.

-Señor yo no le he robado. Esa pareja se ha ido sin pagar. Es verdad, señor, créame. No estoy mintiendo. Yo estoy agradecida de su apoyo y no tengo por qué apropiarme de lo que no es mío.

De nada valió explicar a un hombre que no hacía uso de su razón. Desde el fondo su mujer opinaba en contra de mí. Me amenazaron con llamar a la policía si no abandonaba la casa. Fue así que le dije a Wilson para que me entregue mi mochila llena de mis cosas. Esperé preocupada en la tienda sin saber qué hacer, vigilada por su mujer. Esta llamó por celular y después de diez minutos llegó a la casa un patrullero del serenazgo. Wilson trajo mi mochila engordada y de inmediato me echó la culpa del robo de su plata. Dijo a los serenos que yo era una inquilina y que aprovechándose de eso me había robado la plata de su cajita donde el bodeguero guardaba su plata. Yo les dije a los agentes

municipales que trabajaba como mesera en el bar y que los clientes no me habían pagado. El robo era una mentira. Además, el señor no me quería pagar lo que me debía. El jefe de los serenos, un gordo y enano, invitó a Wilson para que nos acompañe a la comisaría y haga la denuncia contra mí.

Sería las once y media de la noche cuando llegamos a la comisaría. Durante el trayecto las calles estaban vacías de gente. Las luces de los postes brillaban de un color medio anaranjado rojizo. Bajamos y yo sin pensarlo aceleré mis pasos volteando una esquina. Volteé y vi que los dos agentes estaban tras de mí, pero sus pasos eran como si cargaran piedras. Wilson vociferaba sin seguirme. Después que hube subido una calle inclinada me puse a jadear. Me froté el vientre, debajo del ombligo. Mi rostro se contrajo. Dejé de caminar un rato. No pude avanzar más. Una silueta de hombre vi de lejos. Él no podía ser del serenazgo, pues caminaba tranquilo con una de las manos en el bolsillo y la otra teniéndolo cercana a la boca con un cigarro que a cada aspiración se enrojecía.

-¡Hola Wandy! Perdóname por lo que te hice.

-¿Tú malvado otra vez cruzándote en mi camino?

-Perdóname Wandy. Te prometo que quiero reparar el daño que te hecho. Te voy a ayudar.

-No necesito de tu ayuda.

-Sí, la necesitas. Me doy cuenta que estás escapando de alguien. Que tal si te llevo donde mi hermana para que la conozcas. Yo no soy malo. Te he salvado de ese duende de la selva y desconfías de mí.

-Ya, vamos.

Acepté la ayuda de Róber porque escuché cerca el ruido de la sirena de un patrullero. La calle estaba triste y caía una garúa suave. A dónde ir. Róber hizo detener un taxi Station Wagon de color blanco y subimos los dos. Mientras nos trasladábamos pedí a Dios que me libre de los malvados. En el fondo de mi raciocinio la desconfianza en el canalla que me desfloró era de alerta.

A Róber le descubrí enviando mensaje de texto. Empecé a sospechar que para algo malo se me estaba llevando. Al chofer le dije que se detenga. Yo quería bajarme en medio de una calle medio oscura. De lejos sonaba el bramido de un río. Róber me suplicó perdón y prometió no hacerme daño de ningún tipo.

Me distraje con su conversación y no me di cuenta cómo habíamos llegado a un lugar solitario. Me cogió de los brazos tan fuerte. El miedo a ser perjudicada otra vez me obligó a buscar ayuda en el chofer. Este no me creyó. Mas bien me dijo que obedezca a mi “esposo” y que arregle mis problemas sin peleas.

Aprisionada del brazo, no pude zafarme fácilmente de Róber, que dejó de hablarme. Viendo que no encontraba a nadie obedecí a Róber. Llegamos a la casa de adobe y teja. Siento que me coge de los cabellos y sin tiempo a reaccionar soy empujada dentro de la casa sucia y desordenada. El bandido prende la luz. Le suplico que no me haga daño. Le agarro su casaca negra. Sin embargo, el hombre se ríe. Róber me empuja otra vez y caigo de espaldas. Un rato después llega el inglés, amigo de Róber. En el umbral de la puerta veo al gigante agachándose para ingresar al cuarto mirándome con deseo y sonriendo con burla.

CAPÍTULO X

WANDY AYUDA A UN DESCONOCIDO

Despojado de su pantalón, el inglés, tiene colgado entre las piernas, un cañóncito que va engordando y levantándose desafiante. Lo que hace el barbudo es arrodillarse y desabotonar el pantalón de Wandy. Acto seguido jala con fuerza la ropa interior. La víctima pronuncia fuerte “auxilio” “Ayúdenme”. Pero las manos de la muchacha no son obstáculos a resistir. Wandy pide a Dios que alguien la defienda. Sus palabras rebotan en las paredes y pierden fuerza hasta desvanecerse. Se quiere levantar, pero, es inmovilizada por los brazos fuertes de su victimario francés.

-¡Déjenme ir, no me hagan daño! (Wandy se trenza las piernas).

-Si, te voy dejar ir, antes tienes que serme útil en mi transacción económica.

El inglés, desde el principio, empezó a invadir violentamente el terreno fértil de la entrepierna de la fémina. Ella cerró los ojos, de estos manaron hilos de lágrimas que resbalaron por la cara hasta caer al suelo. Ella percibió que sus carnes se estiraban y rápidamente el agresor llegaba a la victoria disparando varias veces. En la oscuridad de su mente, la víctima solo pensó en Dios, en la

Virgen María, en Jesucristo. Dejó de sentir el peso del atacante y también los brazos brutales de Róber.

Minutos después, la muchacha observó a sus victimarios, los comparó con desperdicios fétidos de la casa. Ella se frotó el vientre, pues el dolor volvió; bajando y subiendo de intensidad. Desesperada y descontrolada se vistió sin ser impedida. Los hombres no le tomaron atención. Ellos estaban aburridos.

-Cuidadito con denunciarme zorra de mierda.

-Malvado, ojalá Dios te castigue.

-Jajaja, no eres peligrosa, Tú haces lo que te ordeno y punto. No le cuentes a la policía de nuestra relación de amor. Cuidadito con calumniar a tu pareja por celos. La primera vez no lo hiciste. Declara, te gusta.

Wandy apenas pudo salir del cuarto se precipitó a la calle jalando su mochila; caminó sin rumbo, deseosa de alejarse de aquella casa. El gozo del barbudo manifestando su placer se le hizo nítido en la memoria. No dejó de torturarle la mirada furiosa y diabólica de Róber. Lo que le hizo el extranjero valió un billete de color medio rosado pálido con la imagen de Santa Rosa de Lima, que Róber recibió de las manos de aquel.

Ajada y espiritualmente sucia, Wandy se aleja raudamente hasta donde sus fuerzas le dan. Reclama a Dios que no le haya ayudado. Con las piernas medio abiertas camina despacio y pasa por un puente. Bajo esta, el río brama, sus aguas son plateadas en algunos puntos. A la muchacha le atrae ser envuelta por esas aguas claras. Sin embargo, se contenta de estar completa y sana. “Dios mío, devuélveme a mi pueblo”. Aunque su mochila guarda nada de valor no quiere deshacerse de él. Sonríe que su dinero guardado en su calcetín esté conservado y protegido.

Serían las doce y media de la noche, y Wandy caminaba adolorida por la calle silenciosa. En el cielo pudo ver puntitos luminosos que palpitaban como el latido. Sorprendida ve a un hombre tendido en el suelo. Ella cree que es un ratero. Se acuerda de la cara de Róber. Sus miembros no obedecen. Tiene un dilema: se aleja o pasa sin mirar al hombre.

-Señor, señor, señor.

- ¡Ayuda Mis!

Ella se acerca, no piensa más que en ayudar al señor. Así maltratada y adolorida tiene esa necesidad de ayudar al extraño. Deduce que el hombre es un turista ya que este habla de yur, I, am. El hombre se presenta como Míster Adam. La oscuridad no dificulta verle el rostro al hombre. Se puede calcular su estatura que es mayor a Wandy. Parece

ser un hombre de la tercera edad, pues apenas puede cargar su propia mochila. El hombre muy agradecido, le propone a Wandy con ademanes, para que le ayude a trasladar la mochila. Wandy se anima porque según Adam, está cerca la casa de él. Whats, who, why. Wandy no entiende nada de la conversación fluida e ininterrumpida del turista. A la entrada de una calle se detienen. Adam se confiesa ante Wandy y le dice que él es un mochilero de la marihuana. Es a la medianoche que puede trasladar la droga a una agencia de transportes donde su cómplice trabaja y con él empaquetan la droga para ser enviado a la capital. Adam le ofrece a Wandy el trabajo de llevar los nuevos paquetes de droga desde la casa del gringo hasta la capital, Lima. El pago por cada paquete de diez kilos bien llevado a su destino era de quinientos dólares. Wandy se maravilla escuchando la ganancia que le costearía sus estudios de ingeniería, pero rechaza amablemente la proposición. Adam se disculpa y cree que se ha equivocado de persona al revelar su secreto.

Los dos, señor y muchacha, están caminando por la avenida principal de la ciudad, cuando la policía los interviene. El gringo se altera. El jefe de los gendarmes pide documento de identificación. De los dos "Okey". El oficial se anima a verificar el contenido de las mochilas. En el de Wandy solo hay ropas y papeles arrugados y en el de Adam, que se

pone nervioso, los policías hurgan como mastines hambrientos.

-Los dos quedan detenidos por posesión de la marihuana.

-Is di girl.

-Señor es del gringo, yo solo le he ayudado.

-Ai am tourist. Ai help a girl.

- ¿Ud. no habla español? Lo siento, Ud. y la señorita quedan detenidos. Vamos.

-Ai am a tourist. Ai am guiding de girl. Ai am help.

-Eso no es mío señor. Es del gringo, yo le he ayudado desde allá señor (Wandy suplicante).

-Vamos señorita. Ud. Tenía la mochila.

Para Wandy nació una mezcla de desprecio, rechazo, asco contra Róber, Barby, Donald, Ken, Adam… El gringo amenazó con la mano al jefe de los policías. Llamó por el celular a su abogado.

En la comisaría, Wandy fue encerrada. Ella esperó que el gringo pase a la celda de los varones. En la comisaría, apareció un hombre desconocido de cabello oscuro y vestido con terno. Se identificó como abogado de Adam. Este conversó con el gringo apartados de los policías. Luego levantando la voz potente y firme exhortó al policía que recibía las denuncias para que le comunique con el comandante de la policía. El abogado estaba dispuesto denunciar

por abuso de autoridad a los que intervinieron a su cliente. Los policías calmaron al lego en leyes, manifestándole que el gringo podía irse, solo estaba ahí para ver si el hombre quería ser testigo contra Wandy, presunta propietaria de la droga. El abogado no aceptó, y la voz del gringo dejó de escucharse en la comisaría.

Acuclillada en el rincón y apoyando la espalda contra la pared de hielo se esforzó por soñar, el único medio de "combatir" contra los efectos indeseables del piso de hielo y la pared manchada de suciedad. El policía que entró de relevo auscultó la mochila del gringo. Saboreó el paquete de marihuana. El jefe de la policía, apodado "Gánster", sugirió que la mochila y el paquete desaparezcan de la comisaría. La repartición debía hacerse en la casa del "Gánster". Luego ordenó dejar en libertad a Wandy. El subalterno miró su reloj. ¡Dos de la mañana!

- ¡Déjala ir! ¡Nos puede traer problemas!

-Mi capitán, amaneciendo la dejamos ir.

- ¡Déjala ir! Si le pasa algo que le pase fuera de la comisaría. ¿Entiendes?

Wandy es despertada de su sueño profundo. Ella siente el frío del piso pulido. No hay nadie más que ella en esa celda de barrotes de fierro gruesos y despintados. La luz opaca del pasadizo apenas le permite distinguir al policía, quien abre la puerta.

-señorita disculpe, ha habido una equivocación. La dejamos en libertad. Son las dos de la mañana, pero Ud. no puede quedarse aquí.

CAPÍTULO XI

WANDY EN LA DISCOTECA

Sorprendida por la decisión del policía me alegré de quedar libre, sin importarme la hora. Deambulé por la avenida principal de la ciudad, una avenida que era infinita y tenía el nombre de un prócer de la independencia peruana. Ningún establecimiento estaba abierto. Todo el pasadizo de esta calle estaba medio oscuro. Había letreros de empresas de telefonía, el banco de la nación, que estaba protegido por láminas de vidrio, por dentro estaba con las luces prendidas. A veces un taxi aparecía desde lejos y pasaba velozmente. Temblando de frío caminé sola, muchas cuadras como si me encontrase en las calles del continente antártico.

Fue de casualidad que rodeando una de las cuadras encontré una puerta abierta adornada de luces multicolores que se apagaban y prendían alternadamente. De adentro salía fuerte el sonido de melodías de reggaetón.

-Señorita pase.

-Gracias señor.

Adentro, las luces eran multicolores y cambiantes. Varias parejas estaban bailando. Otras estaban bebiendo licor sobre húmedas mesas. Me sentí cómoda con el calor del lugar, que olía a humo de

cigarro, sudor y cerveza. Me llamó la atención a un hombre de pequeña estatura que bebía solo en una mesa y miraba a una chica concentradamente. Un muchacho mareado se me acercó trayendo en manos una botella de cerveza y un vaso vacío. En el vaso, el hombre me dio un poco de la bebida. Lo rechacé. El muchacho al contrario de lo que yo pensaba que reaccionaría, lloró. Me dijo que su enamorada le había engañado; las mujeres lo despreciaban; una persona educada no rechaza una invitación. Me dijo que trabajaba en la Dirección regional de educación y que entregaba certificados de estudios falsos a cambio de mil soles. A pesar de su presentación y méritos, me resistí a beber ese poquito de cerveza. Vino una chica y quitándole el vaso al joven se lo bebió el contenido.

-Has visto sonsa, no hay nada en el vaso.

-Yo no tomo.

-No tomas, y qué haces acá. Anda tu casa.

El muchacho no me dejó ir; me cogió de la mano y me llevó al mostrador. El borracho pidió al que vendía, galletas y gaseosa. Este nos dijo que no había más que la gaseosa. Lo bebí rápido. Tranquila no dejé de mirar el lugar. Todos los presentes estaban mareados. Hablaban fuerte como gritando. El joven, que se presentó como Tito, me dijo que él me podría ayudar a acceder al centro de cómputo de la Universidad para cambiar las notas, pero eso costaba

dos mil soles. ya que él era quien tenía acceso a las preguntas. *“Me llama la atención que una mujer bonita y decente ande por las calles en horario peligroso”*. Callada escuché sus pensamientos. Era la primera vez que alguien desconocido se interesaba buenamente de mí. Me dejé llevar por Tito donde estaba la muchacha ebria. Quien me cogió de la mochila y comenzó a cuchichear a conmigo.

-Oye, este broder es mío. Ahora que tú te has interpuesto en mi camino, es mejor que colabores conmigo sino queres que te den vuelta mis compinches.

-Yo no he hecho nada.

-No te hagas la cojinova.

La borracha quiso llevárselo al joven, pero este se agarró de mi brazo tan fuerte que sentí que me pellizcaba. La borracha cogió una botella con contenido de licor. Yo, rápido me agaché y me cubrí la cara con mis dos manos, creyendo que me lo lanzaría contra mi rostro. Asustada me descubrí el rostro y vi que Tito estaba caído en el suelo, el cráneo lo tenía rajado y sangrando. Observé que el joven estaba desmayado o muerto. La botella despedazada en pequeños trozos se disparó por todos lados. Mis manos estaban húmedos de la cerveza pegajosa. La agresora también recibió varios proyectiles de vidrio en la cara. Los asistentes gritaron, especialmente las mujeres. Me desesperé.

La borracha huyó sin que nadie ose detenerla. Yo quedé sin moverme ante espectáculo de sangre y cerveza. Un señor gordo que tenía los brazos descubiertos y tatuados con dibujos de víboras, se acercó al lugar ordenando que la gente se retire. Hizo unas llamadas a través del celular. Fueron minutos de espera, antes que la ambulancia de emergencia aparezca para llevarse al muchacho. Quise subir a la ambulancia como familiar del herido, pero me desanimé pensando que los médicos me preguntarían lo que le había pasado. Tal vez la policía vendría a interrogarme. Yo no quería ni recordar a los policías.

Nuevamente quedé sola en la calle. Un borracho me dijo que nos vayamos a un hotel. Me asusté y rápido me alejé de él. Vi el cielo y la claridad inminente. Temblando de frío seguí caminando. Pregunté la hora a un desconocido que pasaba caminando lentamente. El hombre estaba vestido con terno plomo, por eso confié en él. Me miró y apenas abrió su boca el hálito de alcohol se dispersó por el aire.

-Son las cuatro, señorita. Vamos al hotel. Te vas relajar con el abrigo que te voy a dar.

CAPÍTULO XII

WANDY CON EL SAM

Wandy retrocedió asustada. El escalofrío descontrolado que la atacó le ahogó en la garganta la palabra “auxilio”, “ayúdenme”. Ella no pudo vencer la fuerza del hombre, que a pesar de dar pasos tambaleantes la cogió del brazo. El otro brazo rodeó la cintura de la muchacha. En otra situación cotidiana, Wandy hubiera acelerado sus pasos, pero estaba paralizada, sin defensa.

El abogado de oficio del Poder Judicial empujó suavemente a Wandy con el propósito de introducirla al hotel. La chica se aferraba al piso para no moverse, reclamándole suplicante que le suelte. Ella miró por los dos sentidos de la calle para que alguien la ayude, no obstante, el lugar estaba vacío de gente más que de perros que ladraban a lo lejos. “Déjeme señor, no sea malo”. Sam, no entraba en razón. Otra vez rodeó la cintura de Wandy con brutalidad para facilitarle la faena. Desde el interior del hotel, el que atendía atisbó preocupado lo que sucedía en la calle y se metió más adentro.

-Ven zorra, tú eres mía carajo, yo te he liberado de la cárcel conchetumare.

-Señor déjeme, por favor, ¡auxilio! A Ud. no lo conozco.

- Vamos entra al hotel.

-Señor suélteme a Ud. nunca lo he visto.

Un hombre de baja estatura, cabello rubio y piel marfil corrió, desde el fondo de la calle. Vociferaba con tanta fuerza que el abogado se quedó mirándolo por un rato. La jauría lo atacó, sin embargo, el enano se defendió con un palo.

-Enano de mierda. ¿Bajo el disfraz de Muqui[(3)] de las minas me quieres atemorizar? Déjate de huevadas y no intervengas.

-Déjala. Te crees muy macho con los débiles. ¡Tú, ladrón!

-¿Qué has dicho mierda?

-Déjala conchetumadre. Te reto a que pelees o solo eres macho con las mujeres.

-¡No jodas carajo! Ella es mi mujer, no te metas. Yo soy abogado y te puedo meter a la cárcel. ¿La quieres para ti? Búscate otra. Retaco de mierda, aliméntate para crecer. Esta es para mí al 100%.

Wandy se deshizo de las garras del abogado. A pesar de su estatura, el enano apodado “Muqui” era fuerte, y amargándose cogió del pecho a Sam y lo tiró contra la pared. El abogado quedó aturdido por el golpe.

---

(3) Es un duende de las minas del Perú. La creencia surgiría de las antiguas tradiciones andinas sobre los demonios.

Fue en ese ínterin de la pelea que Wandy logró huir de su agresor. El Muqui estaba como descontrolado, se acercó a Sam y le dio dos bofetadas fuertes. “Sé machito conmigo huevón”. Otra vez el enano pateó el pie derecho de Sam, perdiendo el equilibrio este.

Wandy aceleró sus pasos para alejarse de los dos contrincantes. Los perros seguían ladrando, los postes estáticos seguían desparramando su luz medio anaranjada. Algunos curiosos miraban la pelea desde lejos.

Wandy volvió el rostro, vio a Sam que seguía caído. En eso aparece una patrulla. El abogado pide ayuda. Los policías disparan al aire y el enano corre por la calle oscura. La policía no logra alcanzar al “Muqui”.

-¡Policía! ¡Ayúdeme! Esa mujer es una ladrona, me ha robado mi plata. Su cómplice se ha escapado por la otra calle. ¡Agárrenla!

Wandy es señalada a cincuenta metros de distancia.

CAPÍTULO XIII

WANDY EN LA CÁRCEL

Los policías me alcanzaron antes de llegar a la plaza de armas, no me dejaron avanzar. Mojadas en lágrimas les manifesté que un ebrio quiso abusar de mí. Sin embargo, los agentes me pidieron el Documento Nacional de Identidad. Busqué en el bolsillo de mi pantalón y luego que lo encontré les mostré mi carnet de color azul. Me obligaron a acompañarlos a la comisaría. Yo les pedí mi Documento, pero me prometieron entregármelo en la comisaría cuando la denuncia de robo se arregle. Me dijeron que el afectado, que se llamaba señor Sam, nos estaba esperando para hacer la denuncia.

No fue necesario ir en carro, ya que la comisaría quedaba a dos cuadras de la esquina de la plaza de armas. Sam me vio y se enfureció. Entramos a la comisaría los cuatro. Sam seguía diciendo que yo era una ladrona. Yo le había robado su plata en complicidad con un enano. Los tres hombres no me dejaron hablar. Sam amenazó a los dos policías que parecían obedecer más a las amenazas de mi agresor. Uno de ellos escribió la denuncia. El otro policía me despojó de los pasadores. Imploré a Sam que no me dañe por favor. Yo no era lo que él decía. A los policías les dije también que yo no era ladrona. Yo era estudiante. Sin embargo, el insano de Sam se rio

viendo mis ojos lustrados de lágrimas. El policía que escribía la denuncia, me dijo que no me preocupe. Ya el Fiscal tomaría la decisión analizando las pruebas de la denuncia.

Dormí acurrucada cerca de una cama vieja. Apoyé mi cabeza sobre mi mochila ocupada de mis ropas. El ver esa cama oliendo a orina y con manchas de sangre y suciedad me desanimó a echarme sobre ella. La presa que estaba, en la cama despertó. Me preguntó que le cuente el porqué de mi detención. Perdí la noción de la realidad por segundos. Sentí que mi conciencia perdía la percepción de la realidad. Mi boca tembló. Mis manos estaban congeladas: no podían agarrar nada. Nuevamente, contemplé con inocencia las paredes de la celda. En él, había números telefónicos y dibujos de genitales masculinos y femeninos. “Filosofaba”, la cadena de situaciones aciagas en el que me había envuelto.

“Mamá me contaste que mi padre estuvo en la cárcel. Le echaron la culpa de la pérdida de varias ovejas de nuestros vecinos. No podías dormir en las noches. Durante el día tu cabeza era víctima de hincones de aguja. Madre yo tenía la ilusión de trabajar y estudiar. Este sitio es asqueroso. No puedo respirar. No puedo pasear”.

-Amiga no estés triste. A mí cada rato me detiene y es por un día. Los borrachos me denuncian que les

engaño con el vuelto. Si fuera joven como tú yo haría plata, bastante plata en un solo día.

-¿Cómo? ¿En qué clase de trabajo se gana tanto?

-No te asustes. No te pasa nada. No pierdes nada, si tu primicia ya no es primicia. Como cualquier trabajo tienes que sudarla.

-¿Qué se hace?

-En una noche puedes dejar fuera de combate a quince hombres. Y si cada uno te paga cien soles, porque eres tierna, la suma total sería mil quinientos soles de plata. Ahora, a doña Petronila, la dueña de la casa de citas, le tienes que dar su parte: mil soles.

-Yo busco trabajo decente señora, gracias.

-Lo que te cuento también es trabajo, es un servicio de entretenimiento.

-No señora, yo no trabajo en eso. No me hable. Quiero pensar en mis problemas.

La idea de ganar bastante dinero en unos días, en el trabajo que me decía la mujer desconocida, me animó por un instante, pues con el dinero podría optar la segunda modalidad de estudios. Pero imaginando que tenía que soportar el peso de muchos hombres, la brutalidad con que lo hacían, sus alientos, salivas, sus miradas lujuriosas, las embestidas eran dolorosas, especialmente por el antro de atrás, mi alma quedaría manchada, no sé si

el dinero me haría cambiar del estudio; me desanimé y descarté la idea.

Amanecido ya, el policía de turno vino a la celda y me explicó que de acuerdo a mis características físicas dadas por una denunciante llamada Barby, yo era sospechosa de un presunto maltrato animal. Mi ánimo decayó. Presagié que mi vida estaría marcada por cuatro paredes, sin sol, sin estrellas, sin luna. Mi corazón latió más rápido. Fue incontrolable que fluidos de mi interior broten y salgan por mis ojos como evidencia de mi estado mental. Negué conocer a la señora. Dije al agente que seguro era coincidencia. El policía me dijo que la mujer no sabía el nombre de la atacante de su perro, pero que reconocería si ve nuevamente a la mujer. Esto me puso nerviosa. *"Ojalá que no le avisen a esa mujer que estoy en la comisaría. Ojalá".*

Me acordé del Chullachaqui y se me iluminó la esperanza. Pero cómo contactarme con el abogado enano. Cómo pedirle ayuda a tan buena persona al que abandoné sin cuidarle sus cosas. Telepáticamente llamé a mi "Salvador". No importaba el tiempo en la celda, solo me importaba que el Chullachaqui escuche mi llamada de auxilio. Mentalmente repetí el contacto con el hombre de nariz torcida. El Chullachaqui, no apareció. Que el destino haga lo que tenga que hacer. Solo pedí a Dios que me ayude y me proteja.

El policía de turno me trasladó a la fiscalía. Mi declaración sería en presencia del abogado de oficio. La secretaria del Fiscal me dijo que, el abogado era un hombre viejo, amargado y malo. Todos los juicios, perdía a propósito. No pude proferir palabra ni letra al conocer a mi “defensor de oficio”. Era el malvado que quiso violarme y luego me denunció como ladrona. Me desesperé. Quise irme. Huir de esa oficina que olía a gasolina.

Perdí interés por lo que vendría después de mi declaración. El Fiscal se manifestó en tomar como primera medida la prisión preventiva de tres meses contra mí. El defensor del estado me dijo que yo era una estúpida al no querer ceder a los cariños de Sam. “Excelentísimo personaje de la justicia peruana”. Ese “inquisidor” me persuadía para que “delate” la ubicación de mi cómplice, el enano. Pues, Sam estaba obsesionado con tenerlo encerrado a ese hombre agresivo, muy peligroso para la sociedad. No respondí. Sam se fue sin decir nada y el Fiscal ni se interesó de la ausencia del malvado. Miré las paredes, el suelo o la ventana, marco de un trozo de libertad. En conclusión, el Fiscal, Doctor Jorch P…, se enfureció y temblándole la mano cogió un lapicero y firmó un papel.

Me encerraron en la carceleta del Poder Judicial. El abogado de oficio vino donde yo estaba encerrada. Me dijo que, ya estaba superado lo del incidente de la madrugada. Él solo quería saber

dónde estaba el enano. Los puños cerrados y duros eran indicios de que Sam quería pegar al hombre que me salvó. Yo le dije que no conocía a ningún enano, el que me ayudó apareció ahí de casualidad. Me habló que por amor al prójimo ayude a capturar a ese enano. Como yo también insistiera en seguir negando, Sam cambió de gesto en odio. Me miró fijamente y sonrió diabólicamente. Me dijo que hoy mismo se acercaría a la universidad para comunicar que la estudiante Wandy… estaba presa por ladrona. Seguramente la expulsión no tardaría más que en días. Quedé aturdida del cargamontón de amenazas. Pero de quién me iba a avisar del paradero del Muqui si yo no lo conocía. Sam se retiró temblando y queriendo romper los barrotes.

Un señor desconocido se acercó a mí. Yo pensé que me quería hacer daño. Me alcanzó un plato descartable. En él había un almuerzo parco: sopa de sémola y papas cortadas. Al señor le supliqué para que vaya al hospedaje de Donald y le avise de mí, al abogado que estaba hospedado. De mis medias saqué cinco soles y se lo di. Era la suerte o cumplía el encargo o me engañaba. El hombre prometió ayudarme y se fue. En unos minutos tragué el contenido del plato, en minutos calmé la necesidad invencible de mi estómago.

Al atardecer, el Fiscal vino, a “visitarme”. Me dijo que, por ocultar a un cómplice las consecuencias eran terribles. Me contó que Sam se

había acercado a la universidad. Se entrevistó con el rector y le informó de tu situación en la justicia.

CAPÍTULO XIV

EL DESTINO DE WANDY

El Fiscal contó a Wandy que el rector de la universidad, magíster Wáshinton Z…, buscó en la oficina de evaluación los papeles de Wandy. Esta casi nunca asistía a clases. Le faltaba dar sus exámenes. Ahora que le comunicaban del presunto delito en el que sería procesada, el máximo dirigente de la universidad no tuvo más opción que pensar en una expulsión de la estudiante universitaria. El reglamento era claro: los estudiantes no deberían tener antecedentes penales ni policiales y como era mujer, no se lo habían pedido antes confiando en su honestidad. El relato del Fiscal era placentero para él, con el fin de “matar de cólera” a la muchacha. De las fosas nasales de Wandy asomaron dos gotas de líquido bermejo. Estos resbalaron y se desintegraron en el labio superior.

-Si quieren condenarme que lo hagan. Dios es testigo de la verdad, ya castigará al culpable (Wandy resignada). Yo no he robado nada, señor. Yo no soy ladrona.

En la carceleta, el Chullachaqui, abogado sonriente apareció. Saludó al Fiscal y se presentó como defensor de Wandy. El Fiscal quedó absorto

al descubrir que era un enano el abogado de Wandy y salió apurado de la celda con el fin de llamar a su amigo Sam y avisarle que ya había encontrado al enano. Lo que alegró mucho a Sam, que dejando sin atención a los “clientes” fue a la comisaría. El defecto de ser jorobado y caminar ladeado le convenció a Wandy de que era el abogado Chullachaqui.

-Señor, ¿Gracias por venir a ayudarme? Discúlpeme de corazón por dejarlo la vez pasada.

-No te preocupes señorita. Mas bien cuéntame todo. Cuéntame la verdad. Sabiendo la verdad yo puedo hacer premisas y luego conclusiones del cómo sacarte de este lugar.

-Ah, ya señor.

Conversaron separados por los barrotes gruesos y oxidados. Según el Chullachaqui, el Fiscal y al abogado de oficio, eran personas detestables. Wandy le contó la esencia de los hechos, obviando los detalles innecesarios. Al Chullachaqui se le ocurrió que Sam debería inhibirse del proceso contra Wandy, pues no podía ser denunciante y defensor a la vez. Ahora, el abogado pensó en acercarse a la comisaría para pedir una copia de la denuncia hecha a Wandy por parte de Sam. No era difícil que Wandy salga en libertad, pues solamente era prioritario buscar un testigo que haya visto lo que quiso Hace

Sam a Wandy. Ese testigo sería el hombre que atendió el hostal.

El Chullachaqui tenía un poder de convencimiento gracias a su amabilidad. Sin embargo, se sentía muy mortificado por la actitud del Fiscal y el abogado de oficio. El Enano se atragantó con su saliva y al toser se agachó. Wandy, estirando el brazo entre los barrotes le da fuertes palmadas sobre la espalda de su acompañante. A ella se le cae de la mano el DNI. Se agacha para recogerlo con dificultad. Lo que vio la dejó lela. El pie descubierto apenas de su “defensor” no era pie de humano, era de sajino. La muchacha instintivamente retrocedió. Se dio cuenta de los barrotes que eran gruesos. Dejó de ruborizarse. ¿Quién era este hombre? Pensó que nadie ayuda gratis a alguien sin recibir algo. No quiso imaginarlo.

Mientras el abogado hablaba de los recursos legales que a Wandy no le interesó, ella observó que en el pecho del hombre descansaba un collar de hilo negro y grueso del que pendía una cruz negra donde estaba Cristo crucificado, en miniatura. Pensó que su “Salvador” era Dios. Ya no dudó que era desinteresado el apoyo. Ella olvidó del pie de sajino. Tenía ganas de escuchar música, de correr por los campos, de abrazar a sus padres.

-Gracias, no sé cómo pagar todo el bien que me haces, señor.

-Yo soy de la selva, tú eres del ande, encantadísimo de ayudarte.

Imprevistamente entró Sam al pasadizo de la celda. Y se acercó velozmente al Chullachaqui. Sin darle tiempo para que reaccione el enano.

CAPÍTULO XV

WANDY EN LA CÁRCEL

El abogado de oficio gritó fuerte al oído del Chullachaqui. Yo no pude advertirle de la presencia del malvado. Mi abogado se asustó y abriendo los ojos no pudo mantener el equilibrio. Temblando cayó al suelo y después de unas convulsiones del pecho quedó yerto. Sam se regocijó del estado de Chullachaqui. Lloré sin control. Me alejé hacia la pared viendo la crueldad de Sam y el Fiscal que entró junto a dos policías. Sam dijo a los policías que al enano le había dado un ataque al corazón. Nadie era responsable. Ninguno de los presentes se acercó a tocarle el pulso del cuello para confirmar si aún tenía signos de vida mi salvador. El abogado llamó por celular para que venga una ambulancia y recojan el cuerpo del Chullachaqui. Juzgué a Dios, juzgué a los santos del por qué morían las personas buenas que me querían ayudar. Mi corazón sintió la punzada de una lanza.

Sam se ufanó que yo no podría acusarlo de nada, pues el Chullachaqui solito se había asustado y caído. Mas bien el Fiscal ordenó que llamen al cuidador de la carceleta para que abra la puerta. Los dos policías me cogieron de los brazos y yo no ofrecí resistencia. Era inútil luchar contra cuatro hombres fuertes y altos. Dejé de llorar. Llorar era

complacer el sadismo de aquellos malvados que me quitaban la libertad. Ya en la calle, cuyo atardecer percibí, fui obligada a subir al carro cuatro por cuatro de la policía. En pleno crepúsculo yo estaba entrando a la cárcel de Sumacwasi, una construcción de cemento, ladrillos y alambres de púas, cuya altura de la pared calculé que tendría diez metros.

Caminé hacia el cuarto que me correspondía. Yo no tenía ganas de levantar la cabeza. Una mujer blancona que decía llamarse Emily, me impidió entrar al cuarto. Cuando vi su cuchillo brillante y plateado que tenía en la mano derecha me asusté y retrocedí. Comí, sentada en el pasadizo, la cena que logré recoger de la bandeja que una trabajadora del penal dejó a la entrada. Llegó el anochecer y seguí sentada en el suelo. Supe por otras presas que me hablaron de Emily: era una procesada por cocaína y la amiga de ella se llamaba Brigite, sentenciada por tráfico de órganos.

Emily no me dejó entrar ni a las ocho de la noche. Sentada en el suelo y apoyando mi espalda contra la pared estuve despierta hasta las once de la noche. Cuántas cosas recordé. Cuanto me arrepentía de haber salido de mi comunidad tan apacible, tan libre como los vientos y los pájaros. Recién el sueño me venció y me quedé dormida. Una presa me despertó y entregó una frazada sucia, vieja y harapienta, gracias a ello no dormí congelándome.

Al amanecer vi a mujeres con sus hijos que vivían en esos cuartos familiares. Me desesperaba imaginando que el tiempo que estaría sin salir. Se me salieron abundantes lágrimas que no pude controlar. Mi pecho se dilataba y recogía. Las presas me miraban sin decir nada, seguían haciendo sus cosas cotidianas. Escuché que murmuraban de mí: “Ya se acostumbrará”.

-¡Hola!

-Hola señorita. Gracias por tu frazada.

-Puedes dormir en el cuarto donde estoy. Hay espacio, en un rincón, peor es estar a la intemperie.

-Gracias, yo me llamo Wandy.

-Un gusto, yo soy Inés.

Me sentí más relajada y tranquila junto a Inés. En la hora del desayuno, la mujer que traía las tazas de cuáquer, entraba y dejaba la bandeja con las tazas en la entrada de la reja. Esa mañana me quedé sin desayuno, ya que no pude llegar a tiempo como ayer. El amontonamiento de mujeres, en la reja, era grande estaban alteradas, porque faltaba el desayuno.

Inés si alcanzó su taza de cuáquer y dos panes. Ella me invitó un pan y con eso aguanté hasta el almuerzo. En el almuerzo se repitió lo que me pasó en la mañana, no alcancé el plato de arroz con

frejoles. Para aplacar mi hambre tuve que comer la sobra de Inés. Vi que los platos quedaban limpios, sin resto de comida, esto me hizo reflexionar sobre el ganar la comida.

La comida comenzó a escasear. La señora que traía la comida decía que cada día aumentaban las presas y el estado no aumentaba las raciones. Y esos días fueron de lucha con cuchillo para ganar una taza o un plato de comida. Varias mujeres tenían los pies delgados y el vientre plano, no eran porque querían ser modelos, era porque no alcanzaban comida. Yo tuve que colgarme de Inés para comer algo, pues ella era ágil y sabía pelear.

Una vez mi amiga reveló que había estudiado karate cuando niña. Una tarde, un pervertido vestido de terno y corbata le tocó el trasero en una tienda comercial. Ella dio unos movimientos de artes marciales y le tumbó al mañoso. Sin embargo, ese malvado había tenido influencias en la Fiscalía y por eso estaba privada de la libertad por dieciocho meses. Recordé a Sam y ese recuerdo me causó repulsión, hasta deseos de vomitar.

Una mañana, esperamos en vano el desayuno. Lo mismo el almuerzo y la cena. Fue desesperante el llanto de los niños y niñas sin comer. Todos nos mirábamos y yo miraba el suelo para comer tierra, pero ni tierra había.

CAPÍTULO XVI

WANDY SOBREVIVE

Wandy corrió para protegerse de la turba, igual Inés. Trancaron la puerta junto a las demás presas que dormían con Inés. Afuera, los que se encontraban desataron una cacería con cuchillo y objetos puntiagudos. Wandy y sus acompañantes resistieron el ataque de las presas de afuera que lideradas por Emily y Brigite querían romper la puerta. En la oscuridad del pasadizo sonaban hincones de cuchillo penetrando carnes vivas y gritos agonizantes de mujeres derrotadas. Media hora después la calma llegó al pasadizo. Así trancando con un palo la puerta, Wandy aún asustada durmió, lo mismo las otras presas. A cada rato Wandy despertaba sobresaltada, pero nada ocurría.

Al amanecer recién llegó la policía, requisando los cuchillos y objetos punzocortantes de todos los cuartos. Wandy salió al pasadizo y contó los cadáveres, eran veinte. Todas tenían abierto el vientre y los cortes abundaban en la cara y los muslos de las occisas. Un grupo de hombres vestidos con mamelucos fueron los recogieron los cadáveres. Y después portando de unos aparatos de desinfección bañaron el pasadizo con lejía y agua. El jefe de la policía que comandaba la intervención exhortó a las presas a tener tranquilidad, pues la entrega de los

desayunos, almuerzo y cena estaban garantizados desde hoy.

El tiempo no se detuvo. Fue hora de prepararse para ganar el desayuno. Wandy e Inés corrieron para a la reja para ganar el desayuno. Para sorpresa, los desayunos alcanzaron para todas. Inés le reveló a Wandy que en la cárcel siempre dejaban de dar las comidas cada vez que aumentaban las presas. Luego de que disminuían, las comidas nuevamente eran dadas con normalidad. Emily y Brigite no eran hipócritas al mirar con odio a Wandy. Esta se alejaba tratando de no tener contacto cercano con las enemigas.

Wandy comenzó por no salir al pasadizo para no ver a Emily y Brigite. Pensaba qué debía hacer en el cuarto. En la pared vio papeles de azúcar que estaban estirados. Buscó en su mochila un lapicero, no encontró más que el lápiz que le habían regalado cuando dio el examen de admisión a la universidad. Probó hacer un dibujo, y después de un tiempo se desanimó porque le pareció que el dibujo no era bonito. Dejó el papel en la pared y desanimada aguaitó por la puerta.

En el pasadizo vio a un niño, hijo de las presas que vivían al rincón, escribiendo letras en el suelo. Este hecho fue motivo para que Wandy empezara a tener una idea que cada vez que lo pensaba le iba gustando. Solamente necesitaba de dos cosas. Lógico que en una cárcel le sería imposible encontrarlas.

Vio a su amiga Inés haciendo ejercicios de karate. Emily, la mujer de la marihuana, se acercó por detrás de Wandy y al instante la cogoteó.

Wandy empezó a asfixiarse y ni siquiera pudo decir auxilio. Serían treinta segundos de falta de aire que Wandy se desesperó por soltarse de los brazos de Emily. Se acordó del lápiz que tenía en el bolsillo de su pantalón y apurada sacó y sin pensar hizo movimientos hacia atrás. Uno de los movimientos le clavó en el ojo izquierdo a Emily. Esta gritó tan fuerte que soltó a Wandy para cogerse la cara ensangrentada. Wandy entró rápido al cuarto y trancó la puerta. Ella escuchó que las presas llamaban desesperadas desde la reja a la trabajadora que repartía la comida. Emily seguramente perdería el ojo, ya que minutos más tarde se escuchó la sirena de una ambulancia que se estacionaba en la calle. Emily fue llevada de emergencia al hospital.

Inés llamó a Wandy desde el pasadizo. La muchacha asustada abrió la puerta. Su amiga entró al cuarto. Las dos se abrazaron fuerte. La karateca le dijo que no se preocupara de lo que había hecho. Pues según contaron las testigos, el lápiz fue incrustado en el ojo de Emily en defensa propia.

Wandy se calmó. Dejó de preocuparse de lo que había hecho y más bien recordó la gran idea que se le había ocurrido cuando vio al niño escribir letras.

CAPÍTULO XVI

WANDY Y EL FIN DEL ENCIERRO

El día era interminable. El tiempo viajaba lentamente. Un día en la cárcel era como una semana en libertad. Empecé a desclavar los papeles de azúcar que estaban en la pared de cemento despintado. Doblé a la medida de las hojas y les hice marcas. Luego humedeciendo con mi saliva pasaba las marcas con mi dedo varias veces. Después estiraba el papel y con una mano apoyaba sobre la hoja y con la otra jalaba. Logré tener varias hojas de papel de azúcar. En él empecé a escribir una historia.

Día a día el relato me fue gustando. Y pasé mis ratos de tiempo indefinido, escribiendo con mi lápiz. Se me ocurrió escribir la historia de una estudiante muy pobre que vivía en la puna. Caminaba dos horas para llegar al colegio. Su gran deseo era tener dinero, mucho dinero, porque con el dinero se podía adquirir todo. Por esta razón, apenas terminó de estudiar el quinto año, emigró a la gran ciudad. A sus padres pedía plata para que pueda estudiar en un instituto, la carrera de enfermería. Con esa plata la chica se vestía bien y se arreglaba. Iba a los lugares donde acostumbraban ir los hijos de la gente rica. Nadie se fijó en ella. Se le ocurrió viajar a la capital, Lima. Igual con el apoyo de los

padres de ella, esta continuó concurriendo a las playas de Miraflores. Caminaba por las calles de Monterrico. Ningún chico se fijaba en ella. Por último, se metió a trabajar de empleada doméstica en una familia de ricos. Los miembros de esa familia lo humillaban y le insultaban. No tenía ni domingos para descansar. Ella no había llegado a la meta de sus sueños. Resolvió robarse dinero de la vieja soberbia y huir a su pueblo, antes de ser descubierta.

Cada mañana me levantaba y me concentraba en el papel y el lápiz, cuyo tamaño decayó. Así pasaron los tres meses de encierro que el Fiscal había dictado contra mí. Los papeles escritos los enumeré para no confundirme y estuve pensando en seguir con las palabras la historia de mi protagonista.

Emily regresó al penal usando lentes oscuros. Su presencia me tenía intranquila. Para ir al baño yo miraba el cuarto de ella. Para salir al pasadizo yo tenía que estar acompañada de Inés. Era constante la preocupación que no viví tranquila. Una de las presas me contó que Emiliy tenía cerrado el párpado herido. Esto me hizo preocupar más. Emiliy no tardaría en hacerme algo malo.

Sucedió que las dos amigas vinieron hacia mí, teniendo en las manos dos grandes cuchillos. Fue escalofriante el momento para mí. Me desesperé en encontrar algo con qué defenderme. Los que estaban

en el pasadizo se pusieron a observar sin decir nada. Fue Inés quien me lanzó el palo con que se trancaba la puerta. Recordé lo que una vez Inés me dijo: “las piernas, la rodilla y la boca del estómago son las partes vulnerables”. Llamé a la trabajadora que traía la comida acercándome a la reja, pero no apareció. Parecía que las dos amigas habían concertado para perjudicarme.

Haciendo como que golpeaba la cabeza de Brigite, giré horizontalmente el palo golpeando la rodilla de mi atacante. Pensé en la nada. Y le tocó también a Emily. Las dos atacantes estaban en el suelo vociferando seguramente insultos porque no las entendí. No había tiempo para contemplarlas. Soltando el palo corrí a las rejas y me trepé por ellas, hasta llegar al pórtico de concreto grueso. Abrazando a la viga logré llegar a la cima. Miré el otro lado y no vi a nadie. Calculé la altura con el suelo: siete metros o más. Saltar desde esa altura me destrozaría las piernas. Escuché que desde una torre hacían disparos de metralleta dirigido al aire. Me quedé quieta. Las presas se metieron a sus cuartos incluso mis atacantes.

La trabajadora que nos traía la comida apareció del fondo de las oficinas. Llamó mi nombre muy fuerte que me dolió los oídos. Bajé a su orden por el lado opuesto de las rejas. Asustada y sudorosa le conté que dentro me querían matar. Yo necesitaba ayuda.

I EPÍLOGO

Wandy se agarró fuerte de las rejas para no resbalar. Bajó lentamente hasta llegar al suelo. La trabajadora del penal me dijo que los policías se habían alarmado por el griterío y que en unos momentos planeaban entrar a los cuartos de las mujeres con el fin de hacer requisas de los objetos peligrosos. Yo le supliqué a la mujer para que me lleve a la enfermería. Ella se conmovió de mí y ordenó que yo vaya directo a la casita medio celeste.

Entrando a la enfermería vi que la oficina del doctor estaba cerrada. Solo había una presa que se revolcaba de dolor de estómago. Decidí echarme en una de las camas. La trabajadora de cocina entró y me dijo que cuando venga la enfermera diga que me duele el estómago. Permanecí echada hasta el anochecer. La enfermera, una chica de mal genio, vino y de frente me puso suero. Me dijo que los que están mal no cenan. Tuve que aguantar el hambre. Soñé con Donald, Sam, Barby. Ese trío de psicópatas me perseguía para quitarme los escritos.

Amaneció y un policía vino a mi cama. Me entregó un papel en el que se resolvía mi libertad. Pues, en tres meses, el Fiscal no había podido demostrar que yo era una ladrona. Me alegré. Quise bailar. Al policía le supliqué para que me ayude a recoger mis

cosas. Fuimos sin perder el tiempo valioso. Desde la reja llamé a Inés. Esta asomó del cuarto. Le dije para que traiga mis cosas. Después de un rato Inés vino a la reja entreabierta y me entregó la mochila. Me despedí de mi amiga con un abrazo fuerte.

Ya en la calle, deambulé por el mercado buscando qué comer. Me encontré con mi compañero de estudios de la universidad. Hablamos un rato de los estudios, la salud. Yo le conté que no tenía plata para estudiar. Le mostré mis escritos en papel azúcar. Él se interesó apenas leyó la primera página. Me propuso para pasarlo a computadora. Tal vez me animaba a publicarlo. Esta idea me gustó. Yo le agradecí su deseo de ayudarme, pero no lo acepté. Lo voy a guardar como una joya valiosa le respondí.

Cuando nos separamos, compré varias frutas y directo me entré a una cabina de internet. Me puse a escribir la primera hoja y la segunda y… todo el día estuve escribiendo olvidándome de almorzar. Mi avance fue de veinte páginas. Me hospedé en un hostal cerca a la de Donald. Y al día siguiente continué escribiendo. Fueron cinco días arduos en el que mis dedos trabajaron con las teclas borrosas. El resultado de mis escritos fue de ciento veinte páginas. Cansada estuve navegando por la red. Se me ocurrió buscar concursos. Tanta felicidad no la había vivido. Había un concurso de novela breve que una entidad bancaria estaba organizando. Me animé a guardar mi documento en Word en el escritorio. Desde

allí pude enviar mi trabajo, vía correo electrónico al email de la entidad que convocaba el concurso. Busqué más concursos. Encontré otros de España y México. En estos últimos países, el requisito era una novela de ciento cuarenta páginas. No me desanimé y decidí enviar mi trabajo a los correos electrónicos de los organizadores del concurso. Como no tuve un USB para guardar mi documento lo eliminé del escritorio y luego vacié la papelera de reciclaje.

Salí contenta de la cabina de internet. Decidí regresar a mi comunidad, una zona con nula conectividad de señal de celular e internet. El dinero que me dieron mis padres prácticamente se había acabado. No almorcé ese día y me alcanzó para comprar el pasaje. Después de ocho horas de viaje llegué al lugar de la pista donde debía descender. De allí tenía que caminar aproximadamente dos horas y media para recién llegar a mi casa. Mis padres me recibieron contentos. Ellos pensaron que me había pasado algo malo. Nos abrazamos, igual con mis hermanos menores.

Dos meses después, pastando mi ganado y ovejas fui a buscar señal con el celular de mi papá, ascendiendo por un cerro alto. Logré tener conectividad. Mi padre tenía recarga de cinco soles. Tuve que comprar 20 megas de internet a un sol. Aproveché para entrar a mi correo electrónico. Inimaginable el placer y la alegría que sentí cuando

leí el mensaje: “Buenos días señorita Wandy, Ud. es finalista en el concurso de novela breve que nuestra entidad bancaria viene organizando. Deseamos comunicarnos con Ud. para acordar su presencia en la premiación que se realizará este cinco de julio del presente año”.

II EPÍLOGO

Wandy recuperó su libertad. Como no supo a dónde ir, ese mismo día buscó trabajo como empleada doméstica. Trabajo que lo realizó cama adentro y no tuvo necesidad de alquilar cuarto.

Cuando salió hacer las compras en el mercado, Wandy se antojó un helado y conoció, en la calle, a "Bandido", un muchacho de veinticinco años, que se dedicaba a vender helados. Este chico de cutis blancuzco y ojos medio azulados le confiesa a Wandy, que él es de Pomabamba. Ella se enamora y desde entonces los domingos se encuentran e la plaza de armas.

"Bandido" invita pollo a la brasa, ceviche, raspadilla a su enamorada Wandy. Cuando tienen tres meses de enamorados, la pareja decide comprometerse. Viven en un cuarto alquilado y Wandy no tiene dificultad para dedicarse a la venta de helados hasta los ocho meses y medio de embarazo.

El trabajo de Wandy y "Bandido" es agotador, pues los dos terminan el día, muy

cansados. El tiempo pasa y Wandy ya tiene su segundo y tercer hijo. Llega a tener cinco hijos.

Por azares del negocio pasa por el frontis de la universidad que alguna vez estudió. Ofrece helados a los estudiantes del centro de estudios que alguna por alguna razón salen a la calle.

Cuando sean las doce y media del día, ella tendrá que ir corriendo a casa para cocinar. Jalando de la mano a su penúltima hija y cargando sobre la espalda a su última criatura.

III EPÍLOGO

Dejé la cárcel y sin rumbo a dónde ir, camine por la avenida principal de la ciudad de Sumacwasi. Miré la cantidad de gentes que ambulaban; unos comprando en los centros comerciales, otros mirando los avisos de trabajo y otros paseando. Tuve ganas de comer algo, pero ya no me alcanzaba el dinero más que para el hospedaje.

A cincuenta metros de distancia vi a un señor con sombrero y un costal abultado sobre la espalda. Me esforcé por identificarlo y cuando lo tuve a diez metros lo reconocí: era mi padre. Me descontrolé y corrí abrazarlo con tanta presión de mis brazos. Él dejó caer su costal para corresponder mi abrazo. Él me contó que no encontraba la casa de nuestro familiar en donde yo debía llegar cuando viajé desde mi pueblo. Me dijo que la primera vez que vino no difícil encontrarlo. Y como no me encontró ni a Shirley, mi padre dejó encargado al hijo de Shirley, trescientos soles para que me lo dé. Padre e hija nos sentamos en la banca de la avenida y le conté que yo no vivía con Shirley, pues no me recibió. Mi padre se levantó queriendo ir para según él pedirle la plata dándole una buena gritada a Shirley. “Cómo habrás estado Hija”.

Yo le dije a mi padre que mejor era olvidar el asunto, no vaya ser que Shirley supiera que estuve

presa y le cuente a mi padre. A este le dije si por favor tenía dinero para pagar el alquiler de un cuarto, que de mi anterior trabajo de vendedora de cerveza ya no tenía casi nada de plata. Sin que mi padre sospeche que recién alquilaba el cuarto he pagado a la señora Magnolia N… Mi padre durmió una noche en el suelo poniendo dos frazadas viejas que nos prestó la dueña del cuarto. Al día siguiente ha partido a mi pueblo contento de encontrarme bien de salud y me ha dicho que ya no trabaje y que solo me dedique a estudiar. Mi padre ha prometido venir cada mes, a visitarme para ayudarme económicamente.

Yo he ido a la universidad y he conversado con el rector. Le he explicado que no soy ladrona. El magíster me ha dicho que va a dejar que yo siga estudiando. Estoy muy contenta. Mientras tanto, estos doscientos cincuenta soles lo gastaré bien parcamente para que me dure varias semanas.

ÍNDICE

Tip. "INCA S.A.

EDITORIAL – QUIPUSCAMAYOC

Independencia s/n – Huaraz - Perú

